

VÍA CRUCIS



J. RATZINGER
H. U. VON BALTHASAR
L. GIUSSANI
J. H. NEWMAN

Joseph Ratzinger nació en Marktl am Inn (Alemania) en 1927. Es Doctor en Teología y fue Catedrático en las Facultades de Teología de Bonn, Münster, Tubinga y Ratisbona. En 1977 fue nombrado arzobispo de Munich y cardenal. Desde 1981 fue Prefecto de la *Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe* y Presidente de la *Pontificia Comisión Bíblica* y de la *Comisión Teológica Internacional* hasta que el 16 de abril de 2005 fue elegido Papa y tomó el nombre de **Benedicto XVI**.

Hans Urs von Balthasar nació en Lucerna (Suiza) en 1905. Realizó estudios de Filología Germánica y Filosofía en Viena, Berlín y Zurich. En 1929 entró en la Compañía de Jesús. Punto de referencia para toda la teología católica, fue nombrado cardenal por el papa Juan Pablo II pocos días antes de su muerte, acaecida el 26 de junio de 1988.

Luigi Giussani nació en Desio (Italia) en 1922. Estudió en el seminario de la diócesis de Milán y cursó los estudios de Teología en la Facultad de Teología de Venegono, donde más tarde fue profesor. En los años 50 abandonó dicha Facultad para dedicarse a la enseñanza de la religión en un colegio de Enseñanza Media, dando vida al movimiento eclesial *Comunión y Liberación*. Murió el 22 de febrero de 2005.

John Henry Newman nació en Londres en 1801. Dedicado a la docencia en Oxford, fue ordenado para el ministerio sagrado anglicano. Junto a sus mejores amigos promovió una renovación de la Iglesia de su país que cristalizó en el Movimiento de Oxford. Movido por este mismo espíritu, en 1845 pidió su ingreso en la Iglesia católica romana. En 1879 fue nombrado cardenal por el papa León XIII. Murió en 1890.

JOSEPH RATZINGER
HANS URS VON BALTHASAR
LUIGI GIUSSANI
JOHN HENRY NEWMAN

Vía Crucis

Encuentro
Ediciones

This one



9X4G-JX2-TEU0

© 1999

Ediciones Encuentro, Madrid

© de los textos:

Introducción, J. Ratzinger

H. U. von Balthasar, Libreria Editrice Vaticana

L. Giussani, Fraternità di Comunione e Liberazione

© de las ilustraciones:

Introducción, Retablo de Issenheim, Colmar (Francia) © Archivo Oronoz

H. U. von Balthasar, Grabados de Christa Maria Weber-Keimer

L. Giussani, *Via Crucis* de Joaquín Vaquero Turcios © Iglesia de los Sagrados Corazones, Madrid

© de la fotografía de portada:

EFE/Kote Rodrigo

2ª edición

marzo 2006

Diseño de cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Traducción:

J. Ratzinger: Ernesto Martín Peris

H. U. von Balthasar: Carmen Salgado

L. Giussani: Carmen Salgado

J. H. Newman: Víctor García Ruiz

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

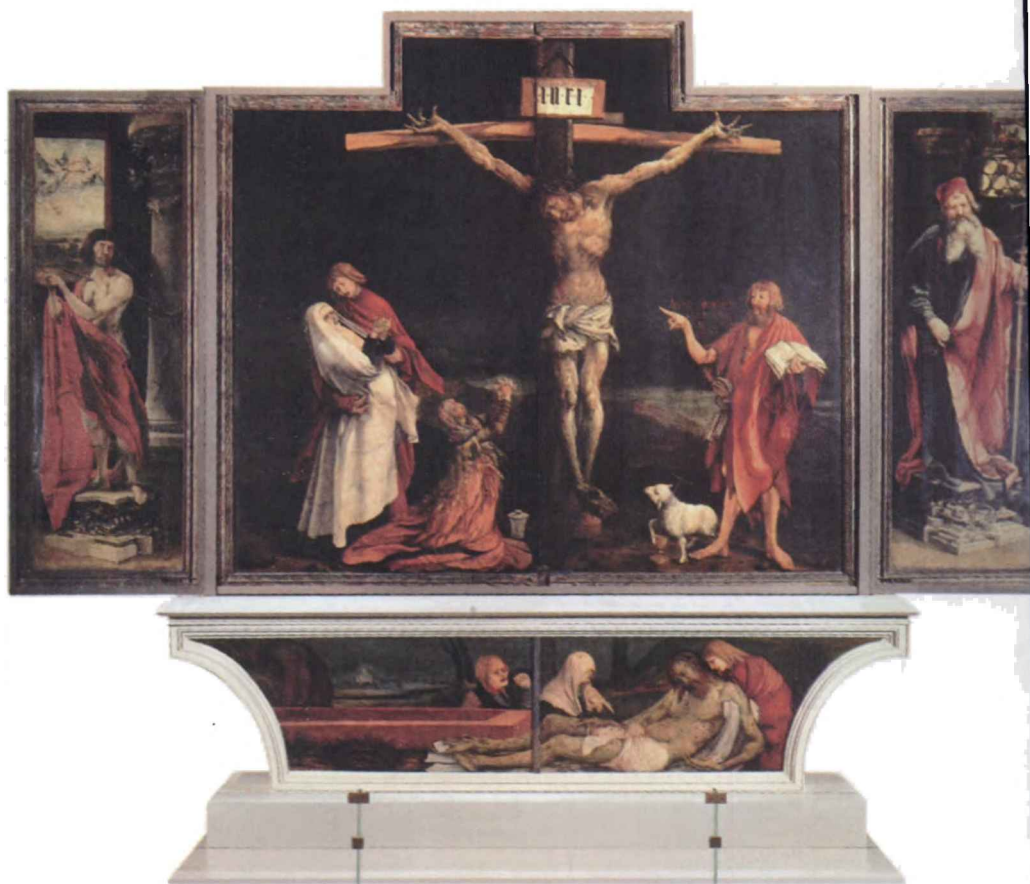
Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Cedaceros, 3-2ª - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN EL VIERNES SANTO Joseph Ratzinger	9
VÍA CRUCIS <i>Celebrado en el Coliseo de Roma por Su Santidad el papa Juan Pablo II el Viernes Santo de 1988</i> Hans Urs von Balthasar	17
SÓLO ÉL ES <i>Apuntes de una meditación a lo largo del Vía Crucis</i> Luigi Giussani	47
VÍA CRUCIS John Henry Newman	77





INTRODUCCIÓN EL VIERNES SANTO

Joseph Ratzinger

Las grandes composiciones musicales en torno a la pasión que escribió Juan Sebastián Bach, y que cada año escuchamos en la Semana Santa con renovada emoción, encierran en sí, rodeado de una belleza admirable, el misterioso acontecimiento del Viernes Santo. Estas pasiones no hablan de la resurrección —todas terminan con la sepultura de Jesús—, pero su dignidad llena de pureza vive de la certeza de la Pascua, de esa certeza de la esperanza, que ni siquiera en la noche de la muerte se apaga. De entonces a acá se nos ha vuelto curiosamente extraña esa serenidad de la fe llena de consuelo, a la que no es preciso hablar de la resurrección porque ésta alimenta su vida y su pensamiento. En la pasión del compositor polaco Krystof Penderecki desaparece esa tranquilidad de una comunidad de creyentes que vive de la Pascua; en su lugar se oyen los gritos atormentados de los presos de Auschwitz, el cinismo, las voces brutales de mando de los dueños de ese infierno, y las de los colaboracionistas, que piensan librarse del terror, los latigazos de la fuerza de las tinieblas, anónima y presente en todo lugar, los gemidos desesperados de los que mueren.

Este es el Viernes Santo del siglo XX: el rostro del hombre infamado, escupido, roto por el hombre mismo. Desde las cámaras de gas de Auschwitz; desde las aldeas arrasadas con niños torturados en Vietnam; desde los suburbios llenos de miseria de la India, de África, de Latinoamérica; desde los campos de concentración comunistas, que Solzenitsyn nos ha puesto ante los ojos: desde todas partes nos mira ese «rostro lleno de sangre y heridas, cubierto de dolor y de burlas», con un realismo que se burla de cualquier transformación estética de ese dolor. Si Kant y Hegel hubiesen tenido razón, la progresiva ilustración hubiese debido hacer a los hombres cada vez más libres, más razonables, más justos. En lugar de eso, esos demonios que nos habíamos apresurado a declarar muertos ascienden cada vez más desde sus abismos y enseñan a los hombres a tener miedo de su poder y de su impotencia: de su poder para destruir y de su impotencia para encontrarse a sí mismos y dominar la propia humanidad.

El momento más terrible de la pasión de Jesús es ciertamente cuando exclama, en el más extremo sufrimiento de la cruz: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?». Es una frase de un salmo, en el que Israel, doliente, torturado, despreciado a causa de su fe, le grita a su Dios a la cara su desgracia. Y este grito de oración de un pueblo al que su elección, su comunión con Dios se le ha convertido en una maldición, alcanza todo su significado en la boca de aquel que es la misma cercanía salvífica de Dios entre los hombres. Si *él* se sabe abandonado de Dios, ¿dónde podremos encontrar a Dios? ¿No es esto el eclipse del sol histórico, en el que se apaga la luz de este mundo? Y hoy resuena en nuestros oídos el eco, redoblado, de este grito. Desde el infierno de los campos de concentración, desde la guerra de guerrillas, desde los barrios llenos de miseria, donde mueren de hambre seres sin esperanza, se oye decir: ¿Dónde estás, Dios, tú que creaste un mundo en el que continuamente puedes observar cómo tus inocentes criaturas sufren terriblemente, que son conducidas como corderos al matadero y no pueden abrir la boca?

La vieja pregunta de Job se agudiza hoy más que nunca. A veces adopta un tono petulante y deja reconocer en el fondo una satisfacción maliciosa; así, por ejemplo, cuando las publicaciones estudiantiles escriben con gruesos caracteres lo que previamente se les ha predicado: que en un mundo en el que se dan casos como Auschwitz y Vietnam no se puede hablar seriamente de un

Dios que nos ama. Pero estos tonos, que se dan con demasiada frecuencia, no disminuyen en nada la autenticidad de la pregunta; en la hora actual parece que todos nos hallamos en aquel momento de la pasión de Jesús en que surge la exclamación: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

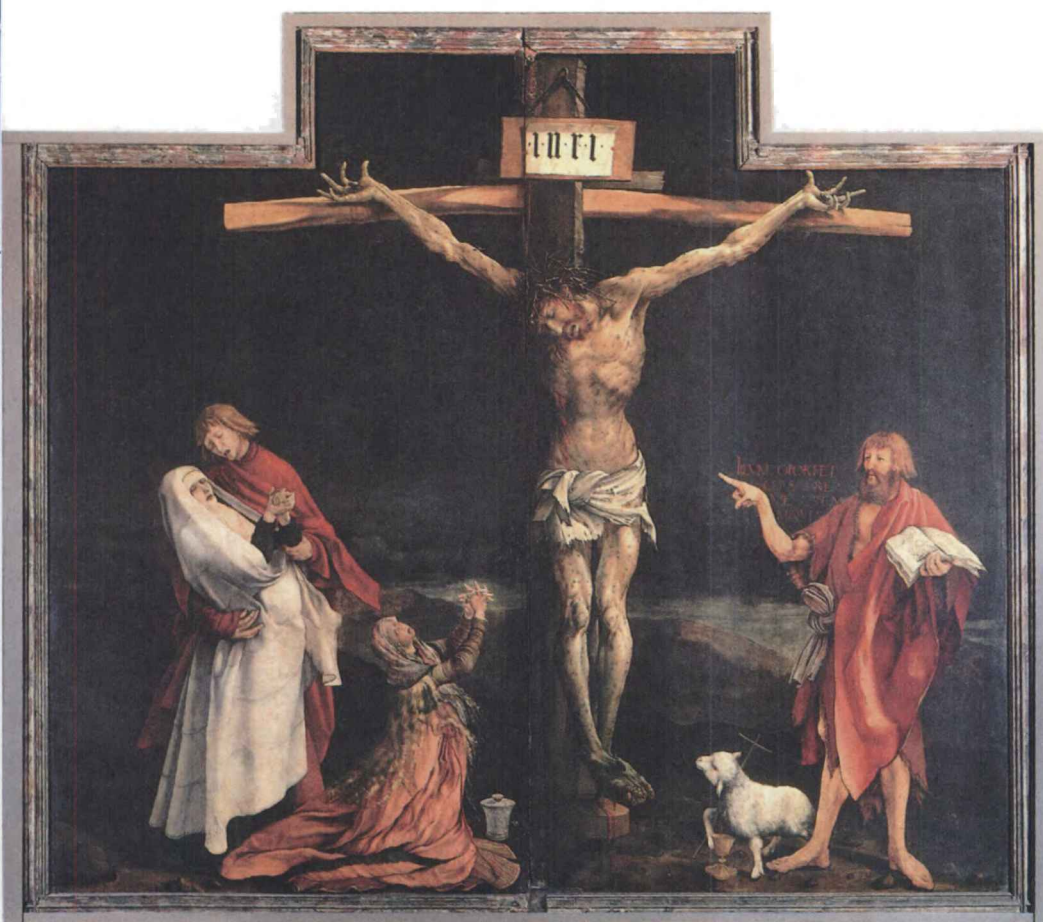
¿Qué diremos a esto? Se trata de una pregunta que no se puede responder con palabras y con argumentos, porque alcanza una profundidad que no pueden medir por sí solas la razón y las palabras que ella inspira: todos aquellos que creen poder dar una respuesta a esta cuestión con palabras e ideas inteligentes están necesariamente abocados al mismo fracaso que los amigos de Job. La única solución es resistirla y sufrirla con aquel y en aquel que ha sufrido por todos nosotros. Una solución presuntuosa —al estilo de las revistas estudiantiles, o al estilo de las apoloías teológicas— falsea su verdadero sentido. Lo único que se puede hacer por ese camino es dar algunas indicaciones. Y lo primero que hay que hacer notar, es que Jesús no constata la ausencia de Dios, sino que la transforma en oración. Si queremos integrar en el Viernes Santo de Jesús el Viernes Santo del siglo XX, tenemos que integrar el grito angustiado de éste en el de aquél, cambiarlo en una oración dirigida al Dios que, a pesar de todo, sigue estando cerca. Aquí podrían surgir nuevas preguntas: ¿se puede rezar honradamente antes de haber hecho nada para enjugar la sangre de los que sufren y secar sus lágrimas? ¿No es el gesto de la Verónica lo primero que debe hacerse, para poder hablar de oración? ¿Es que se puede orar solamente con los labios, o no es más bien el hombre entero quien reza?

Contentémonos de momento con estas alusiones, para reflexionar antes en un segundo aspecto: Jesús participó realmente de la angustia de los condenados, mientras que nosotros —la mayor parte de nosotros— no participamos de los horrores de este siglo más que como espectadores. Esto lleva consigo una consideración de cierta importancia; pues lo curioso es que la idea de que Dios no puede existir, la desaparición total de Dios, se produce en aquellos que no son más que espectadores de los horrores que se dan, en aquellos que, acomodados en su sillón, contemplan lo terrible del mundo y creen haber cumplido con su obligación y haberse defendido diciendo: si existen tales horrores es que no hay Dios. Pero la reacción de aquellos que verdaderamente sufren es frecuentemente la contraria: precisamente en su

sufrimiento descubren a Dios. En este mundo la adoración sigue saliendo de los hornos de los que fueron quemados, y no de los espectadores del horror. No es ninguna casualidad que el pueblo de la revelación, el pueblo que conoció a Dios y lo dio a conocer al mundo, haya sido el pueblo que más ha sufrido a lo largo de la historia, bastante antes de llegar a Auschwitz en los años 1940-1945. Y no es ninguna casualidad que el hombre más torturado, el que más sufrió —Jesús de Nazaret— haya sido el revelador, mejor dicho, haya sido y sea la revelación misma. No es ninguna casualidad que la fe en Dios provenga de un rostro lleno de sangre y heridas, de un crucificado, y que el ateísmo tenga su padre en Epicuro, en el mundo de los espectadores saciados.

De repente brilla en toda su claridad la seriedad misteriosa y para nosotros amenazadora de unas palabras de Jesús que muchos de nosotros habíamos apartado a un lado como inadecuadas: «Antes pasa un camello por el ojo de una aguja, que un rico entra en el cielo»; un rico, es decir, alguien a quien le va bien, que está saturado de bienestar y sólo conoce el dolor a través del televisor. Tomemos en serio estas palabras, que nos amonestan precisamente en el Viernes Santo. Es cierto que ni necesitamos ni debemos buscarnos el sufrimiento y la angustia nosotros mismos. Dios manda el Viernes Santo donde y cuando él quiere. Pero debemos tener siempre presente —no sólo teóricamente, sino en la práctica de nuestra vida— que todo lo bueno es un don de él, del que hemos de responder. Y también debemos tener siempre presente —y nuevamente no sólo en teoría, sino en la práctica de nuestro pensamiento y de nuestra actuación— que junto a la presencia real de Jesús en la Iglesia gracias a los sacramentos, hay otra presencia real de Jesús en los más pequeños, en los que sufren en este mundo, en los que él quiere que nosotros sepamos encontrarle. Lo que cada año exige de nosotros la celebración del Viernes Santo es que renovemos en nosotros esta actitud.

Toda la pobreza humana, todo el desamparo humano, todo el pecado humano, se hacen visibles en la figura de Jesús crucificado, que está en el centro de la liturgia del Viernes Santo. Y sin embargo, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, ha despertado sentimientos de consuelo y de esperanza. El retablo del altar de Isenheim, pintado por Matthias Grünewald, y que es el cuadro de la crucifixión más conmovedor de toda la cristiandad, se



encontraba en un convento en el que eran atendidos los hombres que eran víctimas de las terribles epidemias que azotaban a la humanidad en occidente en la Baja Edad Media. El crucificado está representado como uno de ellos, torturado por el mayor dolor de aquel tiempo, el cuerpo entero plagado de bubones de la peste. Las palabras del profeta, cuando dijo que en él estaban nuestras heridas, encontraron su cumplimiento. Ante esta imagen rezaban los monjes, y con ellos los enfermos, que encontraban consuelo al saber que, en Cristo, Dios había sufrido con ellos. Este cuadro hacía que a través de su enfermedad se sintiesen identificados con Cristo, que se hizo una misma cosa con todos los que sufren a lo largo de la historia; experimentaron la presencia del crucificado en la cruz que ellos llevaban, y su dolor les introdujo en Cristo, en el abismo de la misericordia eterna. Experimentaron la cruz que debían soportar como su salvación.

Actualmente esta concepción de la salvación choca en muchos hombres con una profunda desconfianza. Siguiendo a Karl Marx, consideran este consuelo celestial para el valle de lágrimas terrenal como mera palabrería, que no soluciona nada, sino que mantiene la miseria en el mundo, con lo que tan sólo ayuda a aquellos que están interesados en mantener la actual situación. En lugar de consuelo exigen, en cambio, que quite el dolor, y quitándolo lo redima: no se trata de salvar por medio del dolor, sino de salvar del dolor; la tarea no consiste en esperar la ayuda de Dios, sino en humanizar al hombre a través del hombre mismo. Naturalmente, lo primero que se puede objetar es que no se trata de una auténtica alternativa. Pues aquellos monjes de los que hablábamos no veían en la cruz ningún pretexto que les eximiese de su tarea, que les librase de su actividad de ayuda humana bien dirigida y organizada. Con 369 hospitales en toda Europa habían construido una red de ayuda, en la que la cruz de Cristo se había convertido prácticamente en una llamada a buscarle en los que sufren y curar su cuerpo herido, es decir, a cambiar el mundo y poner fin al dolor. Y podemos preguntarnos si hoy, con tantas palabras sobre el humanismo como estamos oyendo, existe realmente un impulso para el servicio y la ayuda como existía entonces. A veces se tiene la impresión de que queremos librarnos de la tarea que tenemos, y que se nos hace demasiado pesada, diciendo grandes palabras sobre ella: en todo caso, la realidad es que actualmente hemos de traer de otros países, más

pobres, hombres que sirvan, porque en nuestro propio pueblo el impulso para el servicio se ha debilitado sobremanera. La pregunta es: ¿cuánto tiempo puede vivir un organismo social en el que falla un órgano decisivo, que no admite trasplantes?

Por tanto, las cuestiones en torno a la actividad necesaria para la conformación y la transformación del mundo habrá que observarlas de modo distinto a como sucede en esas contraposiciones que hoy están tan de moda. Esto no resuelve por entero la cuestión que estamos tratando; pues los monjes, de acuerdo con el credo cristiano, no sólo predicaban la salvación de la cruz, sino también la salvación por la cruz, y así lo practicaban. Esto hace referencia a una dimensión de la existencia humana que cada vez se va alejando más de nosotros, pero constituye el núcleo del cristianismo, desde el que se ha de comprender la actividad humana en este mundo.

¿Cómo podemos llegar a comprender esto? Voy a intentar ejemplificarlo en la evolución de la imagen de la cruz en la obra de un pintor moderno, no cristiano, pero atraído por la figura del crucificado, a cuya realidad se iba acercando cada vez más: Marc Chagall. La primera vez que aparece el crucificado en su obra es en un cuadro muy temprano, en 1912. Allí está representado como un niño, y expresa el dolor de los inocentes que es en este mundo un signo de esperanza. Después no vuelve a aparecer en 25 años, hasta una obra de 1937 en que cobra un significado distinto y más profundo.

Se trata de un tríptico, que tiene un curioso predecesor en otro que Chagall destruyó después de haberlo pintado, pero del que queda un esbozo al óleo. Su título es «Revolución». A la izquierda aparece una multitud agitada, con armas y con banderas rojas: es una imagen de la revolución; a la derecha hay escenas de paz y alegría: sol, amor, música, la obra de la revolución será un mundo distinto, salvado; en el centro, uniendo las otras dos partes, se ve un hombre en posición invertida, apoyándose sobre las manos. Inmediatamente se piensa en Lenin, que simboliza la revolución, en la que lo de arriba cambia abajo, y lo de la izquierda a la derecha, un cambio total que conduce al mundo nuevo. Uno recuerda un texto gnóstico de los comienzos del cristianismo, en el que se dice que Adán, es decir, el hombre, se mantiene sobre su cabeza y por eso confunde lo de arriba con lo de abajo, lo de la derecha con lo de la izquierda; que por eso es

necesario un cambio total de valores —la revolución—, para corregir hombre y mundo. A este cuadro de Chagall podría llamársele también retablo de teología política; del mismo modo que en 1917 había esperado la salvación de la revolución rusa, así también ahora la esperaba por segunda vez, después de la primera desilusión, del gobierno del Frente Popular francés, al que se había llegado en 1937.

El hecho de que destruyese el cuadro significa que enterró su esperanza por segunda y definitiva vez. Volvió a pintar el tríptico, con la misma estructura: a la derecha la salvación venidera (más clara y más pura que antes), a la izquierda el mundo en agitación (ahora con más muestras de dolor que de lucha), y en el centro el crucificado. La presencia del crucificado en el lugar que había ocupado el símbolo de la revolución y su esperanza engañosa es el cambio fundamental del cuadro, que confiere a las otras dos partes un nuevo significado. El rabino que —simbolizando al Antiguo Testamento, a Israel— estaba sentado antes al lado de Lenin aparece ahora a los pies del crucificado. La esperanza de Israel, la esperanza del mundo ya no es Lenin, sino el crucificado.

Aquí no nos importa examinar hasta qué punto Chagall tenía intención de acercarse a la interpretación cristiana del Antiguo Testamento, de la historia, del hombre. Quien vea los dos cuadros juntos podrá deducir de ellos un mensaje cristiano. La salvación del mundo no viene, en definitiva, del cambio que nosotros produzcamos, con una política que queremos divinizar. Hay que trabajar continuamente en ese cambio del mundo, humana, realista, pacientemente. Pero el hombre pide y pregunta por algo que sobrepasa en mucho todo cuanto puedan ofrecerle la política y la economía. Y la respuesta está en Jesucristo, en el hombre por el cual nuestro dolor descansa en el corazón de Dios, en el amor eterno. El hombre tiene sed de este amor, sin el cual no es más que un experimento absurdo, por más transformaciones del mundo que lleve a cabo. Hoy más que nunca precisamos el consuelo de aquel en cuyas espaldas están marcados nuestros cardenales. Él es el verdadero consuelo, lejos de toda palabrería. Dios quiera que nuestros ojos y nuestro corazón se abran a este consuelo; que seamos capaces de vivir en él y sacar fuerzas de él para seguir viviendo; que, en medio del Viernes Santo de la historia, recibamos el misterio pascual del Viernes Santo de Cristo y en él seamos salvados.



VÍA CRUCIS

*Celebrado en el Coliseo de Roma por Su Santidad el papa Juan
Pablo II el Viernes Santo de 1988*

Hans Urs von Balthasar

Oración introductoria

Señor nuestro, Jesucristo, en tu santa Eucaristía podemos disfrutar a diario de tu cuerpo entregado por nosotros y de tu sangre derramada por nosotros. Pero qué pocas veces tenemos presente lo mucho que a ti te ha costado este supremo regalo que has hecho a tu Iglesia: toda tu pasión y muerte en el abandono de Dios. Permítenos seguir ahora reverentemente tus pasos hasta la entrega última y definitiva de tu muerte en la cruz. Tus sentimientos para con nosotros son hoy los mismos que te llevaron entonces a recorrer tu vía crucis.

Primera estación
Jesús es condenado a muerte

«Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron». El mundo entero condena ahora a su Creador y Redentor. La humanidad entera: cristianos, judíos y paganos. La condena parte del pequeño grupo que había seguido a Cristo: de Judas, a quien este mesías no le parecía demasiado eficaz históricamente, y por eso lo vendió a los judíos, que aspiraban a un poder y una liberación políticos. Pedro lo negó. Los otros discípulos huyeron. Ésta es la imagen real de la Iglesia naciente en el momento de la verdad. Pero tampoco los judíos reconocieron en Jesús aquel ideal de mesías político que se habían fabricado, muy alejado de la fe de Abraham. Y se ponen en evidencia cuando dicen a Pilato: «Nosotros no tenemos otro rey que el César». Pilato, el pagano, intenta liberar a Jesús, pero no lo consigue; y cede para no perturbar el orden en Jerusalén.

¡Ninguno quiere reconocer su culpabilidad! Judas devuelve el dinero. Los judíos ven en Jesús un blasfemo, condenado con razón. Pilato se lava las manos.

Todos son culpables, y ninguno quiere serlo. Ninguno de los pecadores ha reconocido a Dios, tal como es verdaderamente. «Dios nos encerró a todos en la desobediencia para tener de todos misericordia» (Rm 11,32): cristianos, judíos y paganos. Señor Dios nuestro, tú que has sido condenado por todos nosotros, ten piedad de nosotros! Pero que tú, en tu suprema libertad, hayas cargado sobre ti nuestro rechazo es ya expresión de tu misericordia.



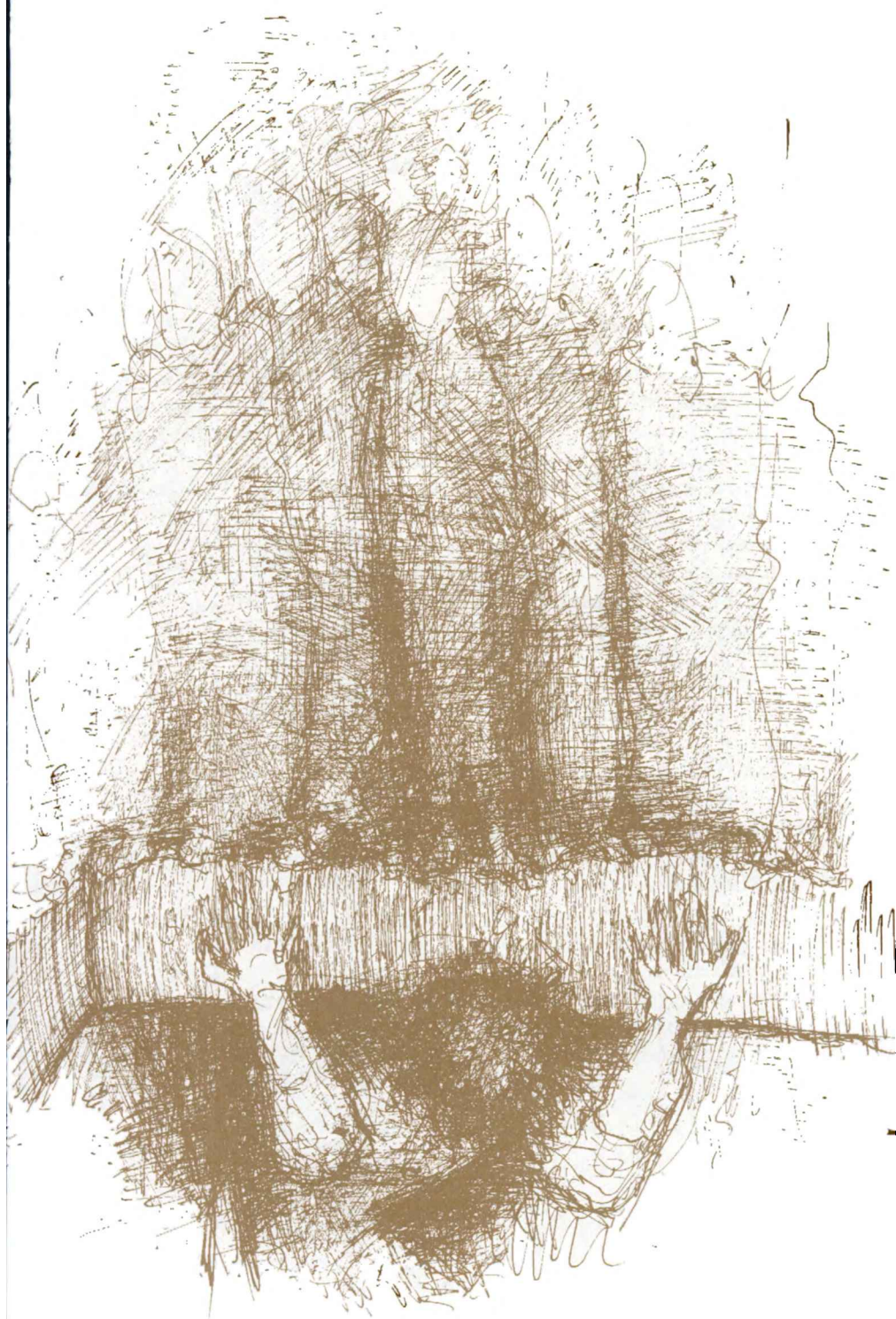
Segunda estación
Jesús carga con la cruz

Señor, desde toda la eternidad, recibes ahora de los hombres aquella cruz que, con la suprema libertad del amor, te mostraste ya dispuesto a recibir para cumplir el eterno designio de tu divino Padre. No han sido los hombres los que te han elegido como chivo expiatorio y han arrojado sobre ti sus pecados. Tú mismo los has cargado sobre ti con decisión libérrima. De otro modo, tu Pasión no habría tenido eficacia. Cargar a un hombre extraño con la culpa propia equivaldría a intentar salvarse uno mismo.

Tampoco te la ha impuesto tu Padre, sino que toda la Trinidad ha decidido la redención del mundo perdido en el pecado. Tú te has ofrecido al Padre en el Espíritu Santo de amor para llevar a plenitud en la cruz la obra de la creación; y el Padre, en el mismo Espíritu de amor, te lo ha permitido. Que nadie se imagine que Dios Padre, para restablecer la justicia entre cielo y tierra, ha enviado a su Hijo a la cruz. Todo es obra de amor libre y de gracia. El evangelista Juan dice expresamente: «Jesús llevó su cruz por propia decisión (*baiulans sibi crucem*)».

La mirada de Jesús, a lo largo de toda su vida, estuvo dirigida hacia éste su último acto de donación. De otro modo, todo habría sido inútil. Con su predicación y sus milagros no convirtió al pueblo, y los jefes del pueblo experimentaron un rechazo cada vez más decidido hacia él. En efecto, es rechazado por sus milagros (Jn 11,47-48). Él lo previó: «Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!» (Lc 12,50).

¡Bienvenida, amada cruz! A través de ti podré por fin demostrar eficazmente al mundo el amor de Dios.



Tercera estación
Jesús cae por primera vez

La Biblia no informa sobre esta caída ni sobre las otras dos. Pero conviene recordar que Jesús sufrió la terrible flagelación romana, en la que muchos morían de dolor y agotamiento. En su cabeza santa, a bastonazos, le ciñeron la corona de espinas. Es asombroso que, cuando le cargaron a las espaldas el peso inhumano de la cruz, el Señor conservara aún una conciencia lúcida.

Se pretende demasiado de Él. Semejante exceso no se ha dado en hombre alguno. Y ninguno ha tenido la fuerza interior para soportar tal dolor. Pero al Señor se le pide lo que está más allá de toda medida. Nos daremos cuenta de esto si consideramos que sobre sus espaldas, en su extrema debilidad, se pone no sólo la carga de dos maderos, sino también el peso de los pecados de todos los hombres, desde Adán hasta el último.

Jamás comprenderemos lo que esto significa, porque sólo una persona, el Hijo de Dios, podía tomar sobre sí este inconcebible peso.

Así pues, el que este peso lo aplaste contra el suelo es comprensible. Casi lo tritura. «Soy un gusano, no un hombre», dice de él el salmo. Y nosotros somos responsables de todo esto. Cada uno de nuestros pecados que desprecia el amor de Dios, es como un pisotón al Señor caído en tierra.

¿No hay personas de buena voluntad que ayuden al Redentor cargado con la cruz? Sí, las hay, y en las próximas estaciones las encontraremos.

Ahora queremos pedir perdón al Señor porque hemos puesto sobre sus espaldas cargas superfluas y excesivas.



Cuarta estación
Jesús encuentra a su madre

María, la madre, fue imprescindible en la concepción y en el nacimiento de Jesús. Ahora, en su pasión y muerte, es de nuevo necesaria. No hay hombre sin un prójimo, pero en la cruz no son suficientes los dos malhechores crucificados con él. Es necesaria también la mujer sin pecado, que no puede dejar de ser lo que es: la Virgen Madre.

Jesús la constituirá ahora Virgen Madre de su cuerpo místico, la Iglesia. Para poder llegar a serlo, tiene que participar, junto con su Hijo, en el sufrimiento supremo: sólo del cuerpo yerto de Jesús brotan sangre y agua, los sacramentos de la Iglesia; sólo con su corazón espiritualmente traspasado, puede María llegar a ser madre y prototipo de la esposa del Hijo, la Iglesia. Por eso debe participar en el abandono de Dios que sufre su Hijo: como el Padre me abandona ahora, así te abandono yo: he aquí tu nuevo hijo, Juan, mi discípulo predilecto, que a la vez está íntimamente unido a Pedro, el representante de la unidad eclesial. A través de Juan, María, la Inmaculada, es introducida en la Iglesia de Pedro: en su centro ella invocará para todos los creyentes el Espíritu Santo, que un día en Nazaret la había cubierto con su sombra.

María es sólo un ser humano, no un Hombre-Dios que puede llevar los pecados del mundo. Pero, a pesar de todo, participa en esta pasión sobrehumana: se le exige ni más ni menos que no se rebele sino que siga pronunciando su «sí» hasta el terrible final. A ningún ser humano, a ninguna madre, a ninguna mujer se le podía exigir tanto: las siete espadas en su corazón son sólo un pequeño símbolo. El vidente del Apocalipsis la ve aparecer entre el cielo y la tierra gritando a causa de los dolores del parto.

Algo de la gracia de nuestro ser cristianos, que proviene toda de Dios, se la debemos a ella. Los Padres de la Iglesia lo sabían: el cristiano tiene a Dios como Padre y a la Iglesia mariana como Madre. Ahora, en el camino de la cruz, ella no puede quitar nada al sufrimiento del Hijo. Sólo puede decir sí y caminar junto a él. Así es en el cristianismo: Cristo lleva sobre sí todo, pero nos deja por gracia una parte, para que podamos participar en la fecundidad de la redención.



Quinta estación
Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

María está ahí para compartir con su Hijo el camino de la cruz en el más profundo dolor. Simón es el hombre normal que no está preparado para un compromiso fuera de lo ordinario. Viene del trabajo, probablemente a comer. Los evangelistas subrayan el hecho de que le obligaron a la cruz, la cruz que para Jesús es demasiado pesada. Quizá le obligaron a llevar uno de los dos maderos, puesto que Jesús caerá otras dos veces bajo el peso del otro.

¡A cuántos de nosotros de modo imprevisto nos cae encima una carga para la que no estábamos preparados y estamos obligados a llevarla! Una enfermedad, una muerte, o peor aún: una expulsión de la patria, una expropiación, el hambre: plagas que hoy sufren millones de personas. Mal que bien, hay que soportar el sufrimiento; ya se sabe: la rebelión no conduce a nada. Por tanto, resignación. Cada cual pronuncia lo mejor que puede su propio «sí» al respecto.

Y sin saberlo, con ello se ayuda a Jesús a llevar la cruz. El más débil «sí» a un sufrimiento impuesto nos pone en su camino y se transforma en una gracia, sin que nosotros seamos conscientes de ella, aun cuando queramos huir con todas nuestras fuerzas de ese sufrimiento. Esto no está prohibido, siempre y cuando no sea simplemente rebelarse contra lo que se nos ha impuesto sino más bien aceptarlo como algo dado por Dios —por el «destino», por un «poder superior»—. El paciente Job, de cuya boca salieron palabras tan amargas contra sus sufrimientos inmerecidos y excesivos, supo también pronunciar estas bonitas palabras: «El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Bendito sea el nombre del Señor». Esto bastó para que Dios lo justificara al final.

¿Qué debemos hacer? No rebelarnos contra Dios ni contra lo que Él nos exige. Mientras seamos capaces, soportémoslo con paciencia y, si es posible, hasta démosle gracias por ello. El sufrimiento es un signo de que Dios nos toma en serio, nos asocia al camino de su Hijo. ¡Ánimo, queridos hermanos y hermanas! Intentemos llevar, sin protestar, aquella parte de cruz que quizá ni siquiera reconocemos como tal. El Señor lleva infinitamente más por nosotros.



Sexta estación
La Verónica limpia el rostro de Jesús

La figura de la Verónica no aparece en la Biblia. Pero fueron muchas las mujeres que acompañaron a Jesús en su camino hacia la cruz y con su presencia quisieron no sólo profesar su adhesión al Señor, sino también ayudarle a pesar de su impotencia. La Iglesia que persevera ahora y le acompaña está formada por mujeres, además del discípulo amado. En cuanto esposa de Cristo, la Iglesia es femenina. Y en la medida en que manifiesta al Señor su fe y su íntima fidelidad, con amor y humildad, como hizo la Verónica con su sudario, Jesús imprime los rasgos de su pasión en ella, en las almas dispuestas.

El cristiano, en cuyo corazón se encuentra la impronta del rostro de Cristo, reconocerá su imagen también en los hermanos y hermanas que sufren. «Lo que hacéis al más pequeño de mis hermanos, me lo hacéis a mí».

Cada uno de nosotros puede ofrecer una ayuda material al que sufre —el paño palpable que enjuga el sudor— o, si eso no es posible, al menos estar dispuesto a compartir espiritualmente los sentimientos y sufrimientos de los demás, puesto que para el que sufre solo y desanimado esto puede ser también de gran ayuda.

Ante el inmenso sufrimiento del mundo, ante el dolor que cada mañana ponen ante nuestros ojos los periódicos, sentimos nuestra impotencia para prestar una ayuda eficaz. «Cinco panes y dos peces; ¿qué es eso para tantos?».

Pero rezar por el sufrimiento del mundo siempre lo podemos hacer, y el Señor tiene siempre el poder de obrar a través de nuestras pobres oraciones el milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

El hecho de que Él imprima sus rasgos en el sudario de la Verónica es como una promesa de que Él, que sufre por todos, se mostrará también dispuesto a dar ayuda y salvación a todos. ¡Señor, imprime tu rostro también en mi alma!



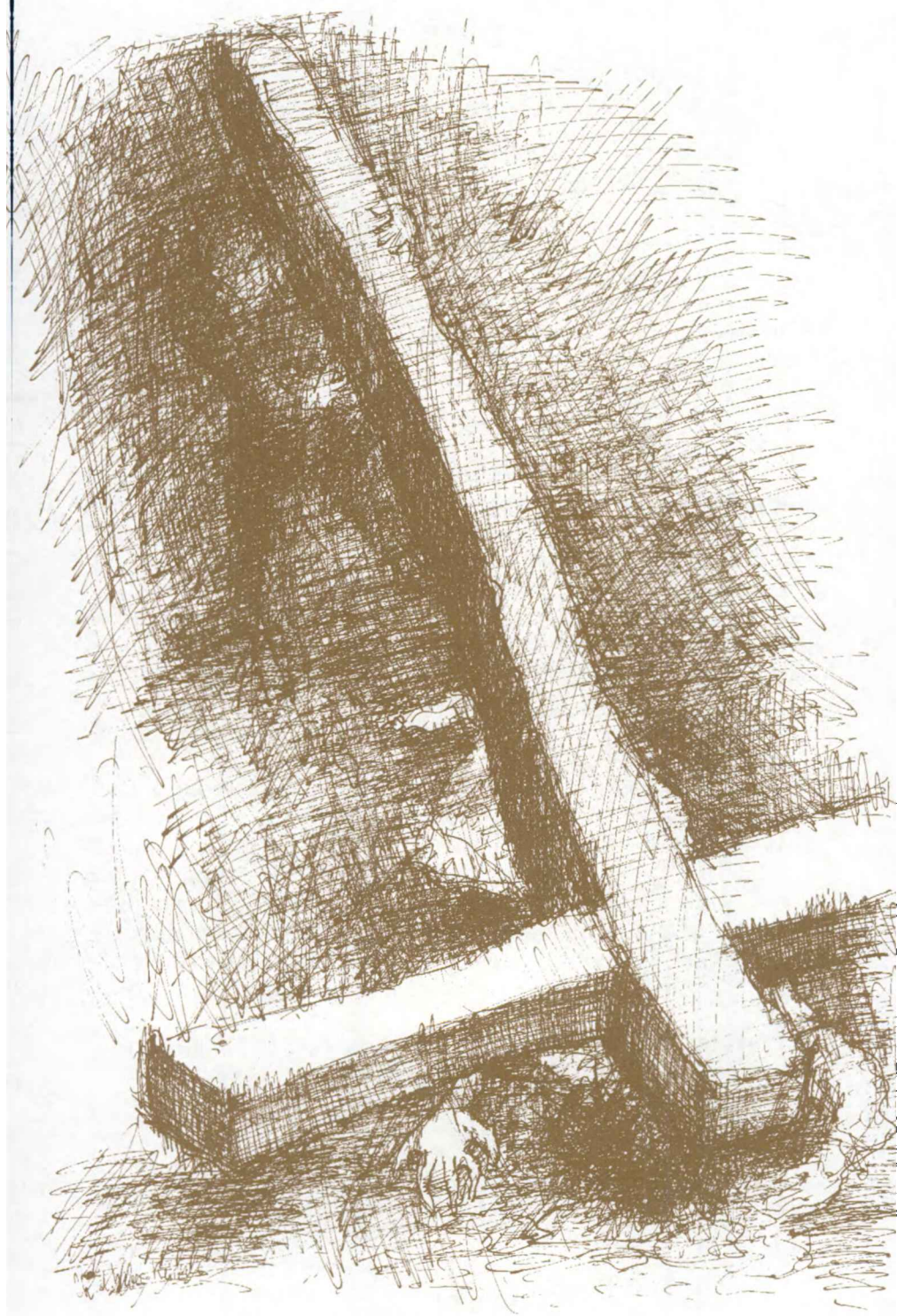
Séptima estación
Jesús cae por segunda vez

Este sobrecogedor desfallecimiento del Hijo de Dios debe recordarnos estas palabras del Evangelio: «Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único» por él (Jn 3,16), para que llevara la desmesurada carga del pecado del mundo y se derrumbara también bajo ella, como cualquier hombre. ¿Qué sucedería en el corazón del Padre al ver esto? Quizá se dijo: he permitido esto a mi querido Hijo, a mi unigénito, porque Él me pidió hacerlo.

No tenemos palabras para expresar el dolor del Padre, dolor que Él soporta por puro amor a sus criaturas pecadoras. San Ignacio dice en sus *Ejercicios Espirituales* que debemos considerar «cómo Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la faz de la tierra, *id est habet se ad modum laborantis*» (n. 236). El Hijo de Dios no sostiene el mundo sobre sus hombros como el forzado Atlante: por amor al mundo cae bajo el peso de su carga, como vemos aquí.

Nosotros buscamos siempre una explicación de por qué permite Dios tanto dolor en el mundo. La única respuesta que nos da está aquí: «Tanto amó [amó, amó] Dios al mundo», que permitió que «su Hijo único» se derrumbara bajo el peso de su carga. Pero Dios es uno solo: el mismo amor eterno es también el amor del Hijo, que nos ha amado tanto que ha tomado sobre sí nuestra culpa, para que el Padre pueda nuevamente reconocernos como sus hijos amados. El Espíritu Santo es la unidad del amor entre el Padre y el Hijo; los mismos sentimientos unen a ambos y nosotros, pobres pecadores, somos el objeto de esos sentimientos.

No debemos pensar demasiado en nuestras penas. ¿Qué son estas comparadas con la carga aplastante que Dios lleva por nosotros? Y cuando llevemos un poco esta carga con Él, recordemos que es pura gracia.



Octava estación
Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Ahora se presenta un tremendo problema: la Pasión de Jesús y el pueblo de Israel.

No podemos esquivar el hecho de que Israel no reconoció a su mesías esperado, y que lo condenó a muerte. Aunque hay que decir al mismo tiempo que cristianos y paganos son igualmente culpables de su muerte.

Pero ahora, como mesías condenado, Jesús no puede dejarse consolar por las hijas de Israel: «Llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos», no por mí. Jesús ve la desgracia que está a punto de caer sobre Jerusalén, más aún, sobre la historia de Israel. Ve la separación que se va a producir y que no puede resolverse con lágrimas de compasión. «Cuántas veces he querido reunir a tus hijos... y no habéis querido» (Lc 13,34). Si lo condena, el pueblo de Dios no puede consolar al Hijo de Dios. Nos encontramos aquí ante la incomprensible dureza del designio divino, ante el que el propio san Pablo, después de haber intentado meditar sobre la relación entre Israel y los gentiles, exclama: «¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos!» (Rm 11,33).

El penoso destino de Israel, según Pablo, debe redundar en beneficio nuestro, cristianos procedentes del paganismo. ¿Quién puede entender esto? Pero si debemos nuestra salvación a la desgracia de Israel —naturalmente a través de la gestión gratuita de Dios—, ¿cómo no vamos a estar obligados a sentir el más profundo de los agradecimientos hacia Israel, un agradecimiento que nos lleve incluso a interceder por él, pero también un agradecimiento puramente humano, por difícil que pueda parecernos a veces?

¿O abandonaremos a su destino a estas mujeres que lloran por ellas y por sus hijos? ¿Acaso puede hacer esto el propio Dios, cuando ha dicho que las promesas a Israel son irrevocables?



Novena estación
Jesús cae por tercera vez

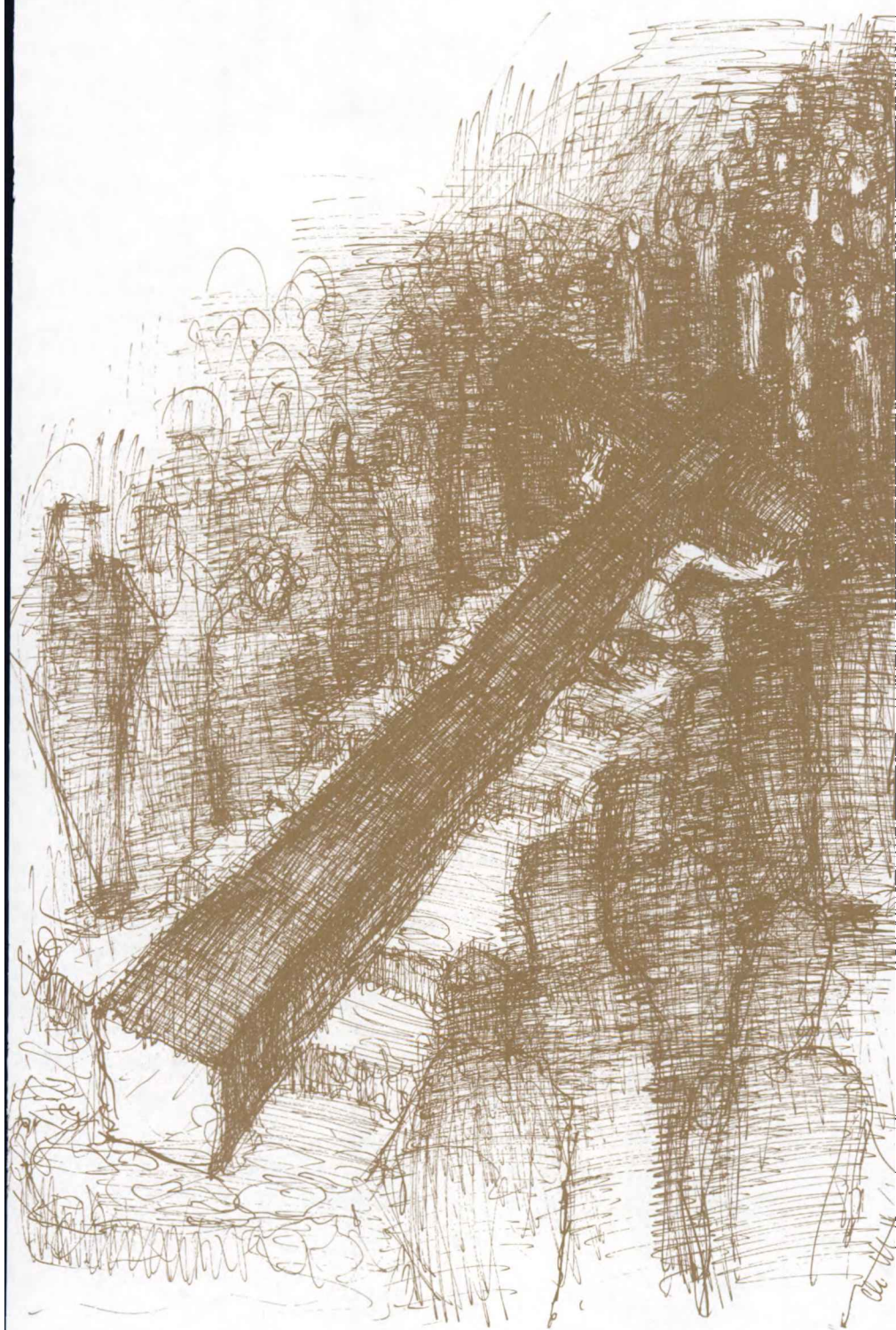
Podría no ser temerario decir que esta tercera caída de Jesús se produjo expresamente por el pueblo de Israel. Ciertamente el mayor dolor del mesías bien pudo ser el no ser reconocido por su propio pueblo y ser condenado finalmente a la muerte más vergonzosa.

No podemos olvidar que su primera misión era reunir las ovejas dispersas de Israel. Ante todo vino para concluir la serie de enviados de Dios a Israel, como sabía y dijo expresamente. No ser reconocido como mesías fue su más profunda derrota, su mayor humillación. Ahora es aplastado por su propio fracaso.

Pero este último peso, ¿cómo puede no redundar precisamente en favor de la salvación de Israel? Las lágrimas de las hijas de Jerusalén por el destino de Israel, ¿cómo no van a mezclarse con las lágrimas de Jesús sobre Jerusalén (Lc 19,41), que no lo reconoció, y por cuyo fin inminente llora, como deben hacerlo estas mujeres?

Si, como dice san Pablo, al final «todo Israel se salvará» (Rm 11,26), ¿a quién debe Israel agradecer esto sino a su propio mesías, que se ha convertido entre tanto en salvador de toda la humanidad? ¿Y no podemos suponer —esperanzados— que también incluyó en su propia pasión todos los sufrimientos que el pueblo de Israel sufriría a lo largo de siglos y milenios?

Como un silencioso preludio de esta salvación, Lucas narra que después de la muerte de Jesús en la cruz, toda la muchedumbre que había «asistido al espectáculo», incluso aquellos que le habían escarnecido en la cruz, «se volvió golpeándose el pecho» (Lc 23,48).



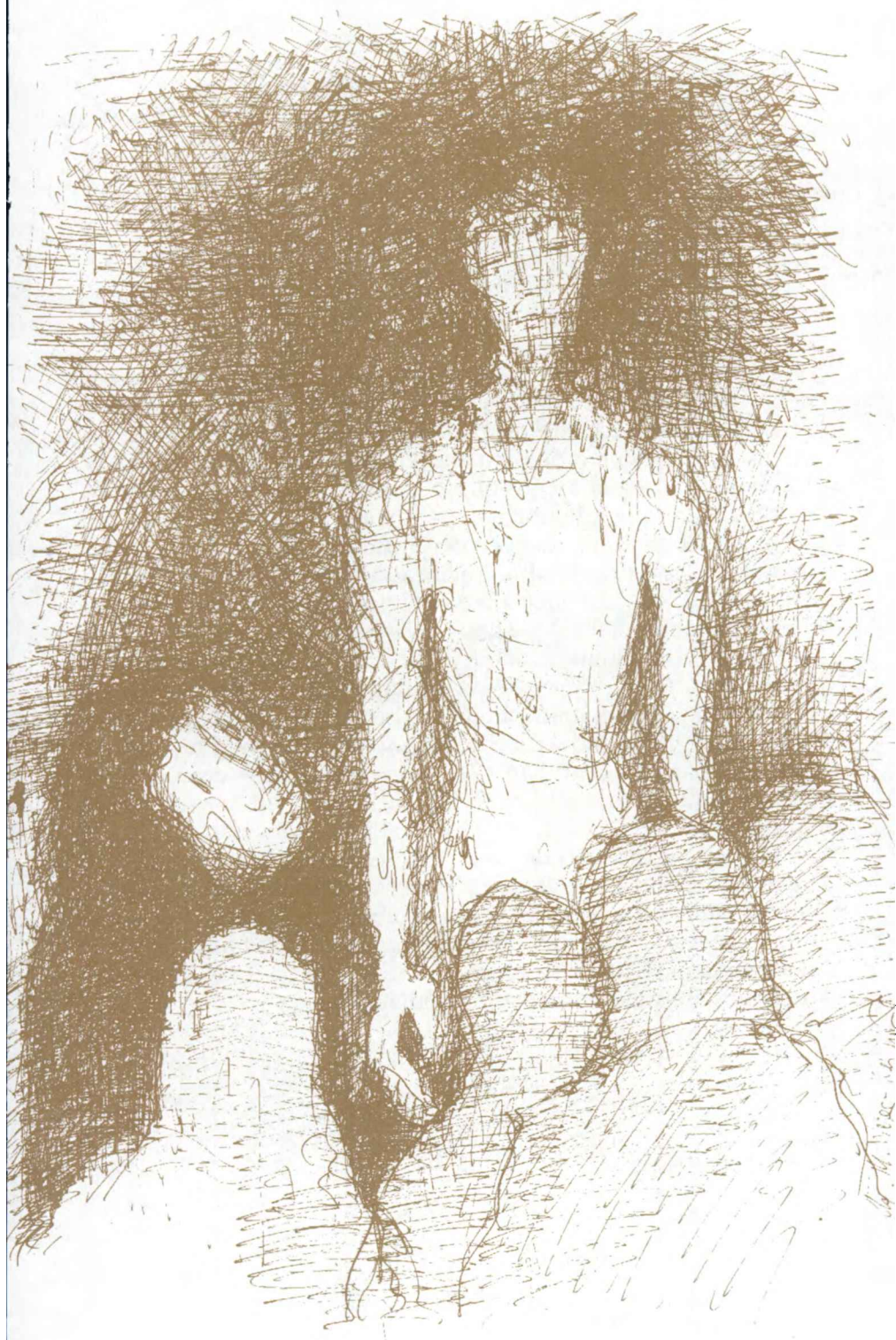
Décima estación
Jesús es despojado de sus vestiduras

¿Para qué sirven los vestidos, cuando un cuerpo humano va a ser clavado en un madero? Jesús es despojado de lo único que aún lleva sobre el cuerpo. Así los soldados trabajarán más cómodamente.

Desde los días del paraíso, el hombre pecador ha cubierto su cuerpo: con hojas de higuera, pieles de animales; después con toda clase de vestidos, hasta llegar a nuestros maniquíes. Todo cae ahora y el nuevo y definitivo Adán muestra al Padre la forma de su creación originaria, cargado ciertamente con todos los pecados y vergüenzas del viejo Adán. El Padre tiene que ver todo sin velos: lo que Él creó, lo que se alejó de Él, y lo que se recupera de lo que estaba perdido. Todo es visible en este cuerpo. La cruz es la confesión sin tapujos del mundo.

Y en el cuerpo de Cristo es también visible todo lo que el Padre da a los hombres. Dios no tiene nada más precioso que dar: a lo largo de los siglos dará a la humanidad este cuerpo desnudo en cada celebración de la Eucaristía «*Corpus Christi*» —dice el sacerdote que distribuye la comunión— *qui tollit peccata mundi*. El cuerpo que lleva vuestros pecados y, por tanto los estigmas que éstos han provocado en él.

El Padre, que ve a su Hijo desnudo, ya sólo puede contemplar al viejo Adán, al que todos nosotros representamos, a través del nuevo y definitivo Adán. También la Madre de los Dolores, que ve a su hijo desnudo, piensa en los momentos que este cuerpo se formó en su seno y le dio a luz. Lo que experimenta ahora es como un segundo parto, más fecundo aún que el primero. Y ella, la madre terrena, junto con el Padre celeste, en la libertad más dolorosa, entrega a la humanidad entera el cuerpo santo de su Hijo, que libremente se sacrifica.



Undécima estación
Jesús, clavado en la cruz

«No saben lo que hacen». Lo clavan en el madero para deshacerse definitivamente de Él, y así lo atan para siempre a esta tierra. Lo clavan para que no pueda moverse, y precisamente así cumplen su voluntad de permanecer para siempre con nosotros. La resurrección y la ascensión no cambian nada al respecto. No es el hombre quien le obliga a permanecer fiel a la tierra. Él, en su divina libertad, permanece con nosotros hasta el final, y aún más. Bajo forma de serafín crucificado imprime los estigmas en Francisco. Y cuando vuelva para el juicio, su estandarte, la cruz, aparecerá en el cielo (Mt 24,30). Es más, se puede decir que en la creación del mundo, cuando los elementos del universo quedaron separados horizontal y verticalmente, este signo, que sería después el punto culminante de la historia del mundo, quedó ya incoado en el mundo. «Todo se mantiene en Él, todo fue creado por Él y para Él» (Col 1,16-17), para el acontecimiento en que Dios, en su soberana libertad, se deja clavar en la cruz de su mundo.

Esto es un misterio de amor, que está más allá de todas las invenciones de las religiones y cosmovisiones humanas. Para el cuerpo humano es el sufrimiento supremo, pero para el evangelista Juan es la suprema gloria del amor divino-humano. Ante semejante misterio, que ningún hombre podía presagiar, sólo podemos arrodillarnos en adoración agradecida.



Duodécima estación
Jesús muere en la cruz

Jesús está suspendido entre cielo y tierra, repudiado por la tierra, abandonado por el Padre en el cielo, y precisamente así restablece la unidad entre ellos. Jesús extiende sus brazos hacia los dos lados: hacia el pecador, que se ha vuelto hacia Él, pero también hacia el otro, que le ignora, pero no puede impedir que se tienda la mano hacia él. Al igual que la vertical supera toda la distancia entre hombre y Dios, así también la horizontal llega a todos los rincones del mundo. Por eso, los Padres de la Iglesia podían decir que la cruz tiene las dimensiones de toda la creación. Tiene también las dimensiones de toda la historia, porque aquí, en estas tres horas intemporales, se han condensado todos los pecados del mundo, desde el primer hombre hasta el último. Ningún pecado ha quedado sin satisfacción: esto es dogma de fe.

En las últimas palabras del moribundo se expresa todo su testamento para la Iglesia: el Padre debería, es más, debe perdonarnos, a nosotros miserables e ignorantes: la Pascua será la gran absolución. La Madre Inmaculada es colocada en el corazón de la Iglesia que, a pesar de todos sus pecados, conservará intacto este corazón. El abandono de Dios en la cruz es lo más importante: conquista para nosotros, sus hijos, el acceso permanente al Padre. La sed del cuerpo desangrado convierte en eternamente fluyente: el agua del bautismo, la sangre de la Eucaristía apagan nuestra sed. En el grito terrible de la muerte, Dios nos dice todo lo que ya no es posible comprender con palabras humanas: el amor eterno supera toda palabra. Jesús entrega su Espíritu con la cabeza inclinada hacia la tierra, para que pueda ser infundido en la Iglesia el día de Pascua. Así, realmente, todo está consumado, hasta el extremo.



Decimotercera estación
Bajan a Jesús de la cruz y lo entregan a su madre

Y, sin embargo, hay alguien que puede acoger en su regazo el cuerpo descolgado de la cruz, alguien que es digno de acoger el dolor soportado por todo el mundo. Las siete espadas han traspasado el corazón de la madre, y cada espada era un nuevo «sí» al sufrimiento del Hijo. En el fondo es inconcebible que una persona sea capaz de decir siempre sí a todo, incluso al dolor más incomprensible.

En este «sí» sin límites, María es la tierra redimida, que puede sostener sobre sus rodillas al Redentor muerto.

En esta muda imagen se hace visible que la Pasión no fue inútil: María es aquí representante de la humanidad que acoge con gratitud toda la bendición del cielo, aunque esto suceda en un estado de agotamiento infinitamente doloroso. El cuerpo del Hijo, en definitiva, no será sepultado en una materia fría, insensible (recuérdese que materia viene de *mater*). El seno de la tierra, en el que se le sepulta, es a pesar de todo un seno materno, del que surge algo fecundo, un prototipo del amor creado, que en la criatura maternal, en la Virgen Madre María, alcanza su punto culminante.

Por eso la imagen de la Piedad es una imagen no pasajera, sino imperecedera. Una imagen muy misteriosa, puesto que la fecundidad del seno materno, que aquí sostiene al Hijo muerto, debe su última fecundidad precisamente al cuerpo exánime que yace entre sus brazos.

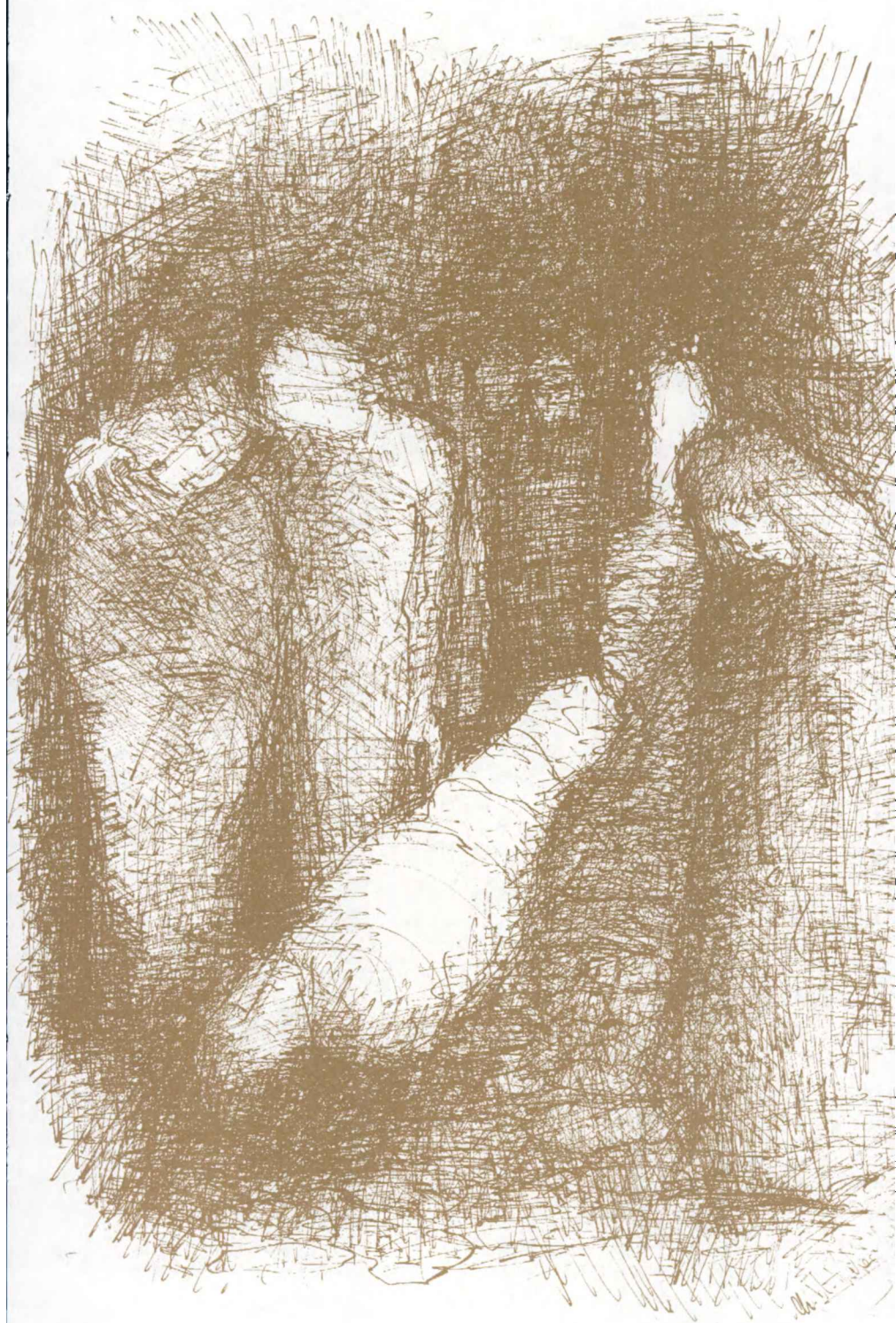


Decimocuarta estación
El cuerpo de Jesús es puesto en el sepulcro

El hecho de que el cuerpo de Jesús, envuelto en el sudario y fajado, permanezca tres días en el sepulcro, elimina cualquier hipótesis de una muerte aparente. Murió como mueren todos los hombres nacidos de mujer. La gran piedra que cierra el monumento señala el carácter definitivo de la muerte: todo lo que hasta ahora ha vivido es algo definitivamente pasado.

Y sin embargo, la muerte de Jesús, esta muerte verdadera, se distingue de cualquier otra. Pues, esta muerte única fue la expresión suprema del eterno amor de Dios, y el amor es la realidad más viva que existe: no puede morir. Mejor dicho, el amor, cuando decide morir humanamente, puede mostrar que es capaz de transformar también la muerte en signo e instrumento de amor. Para un cristiano, esto no es tan difícil de comprender. El amor no es más que perfecta entrega, renunciar a cualquier egoísmo, para darse completamente a la persona amada. ¿No es esto una especie de muerte? Y cuando uno ama como cristiano y pone toda su vida al servicio del prójimo ¿no muere a sí mismo? Y si decimos con Juan que Dios es amor (1 Jn 4,8), ¿no se da en la misma vida trinitaria de Dios algo así como una muerte? Dios es Padre sólo en la medida en que se da a sí mismo totalmente al Hijo, y esto vale también para el Hijo y el Espíritu Santo.

Jesús muere y es sepultado: también san Pablo lo acentúa expresamente (1 Cor 15,4); pero porque su muerte era la realidad más viva, la sepultura no pudo retenerlo, se convirtió en el «primero de todos», en la primicia de los que duermen y un día resucitarán y «si por Adán murieron todos, por Cristo todos volverán a la vida» (1 Cor 15,22-23).





SÓLO ÉL ES

Apuntes de una meditación a lo largo del Vía Crucis

Luigi Giussani

Oración introductoria

El Espíritu que generó a Dios hombre, que le hizo capaz de morir por nosotros y que le resucitó por su poder de entre los muertos, obre también en nosotros tales maravillas, arranque de nosotros la curiosidad con la que estamos aquí, curiosidad que sólo nos hace recordar los hechos que sucedieron entonces, imaginarlos sin comprenderlos, sin penetrar en ellos, sin permitir que su significado real nos provoque personalmente. Por eso recitamos con todo nuestro corazón: Gloria.

Primera estación
Jesús es condenado a muerte

Nos contamos entre los asesinos de Cristo, como todos los demás, pero lo somos de un modo absolutamente concreto, como concreta es su relación con nosotros. Sin embargo esta Presencia permanece inexorable en nuestra vida porque nuestra vida le pertenece.

El Señor, en su misericordia, nos ha elegido, nos ha perdonado, nos ha abrazado una y otra vez. Ha cargado con todos nuestros pecados, hemos sido ya perdonados. Él tiene que manifestarse. ¿Cómo? A través de mi corazón que le acoge, que le reconoce. Es algo sencillo, pero no existe nada más divino en el mundo, más milagroso, es decir, nada que anticipe más la evidencia última y eterna.



Segunda estación
Jesús carga con la cruz

«Tú caminas con nosotros por el desierto». Esta frase es verdadera. No nos saca del desierto de nuestra vida, sino que nos habla dentro de este desierto, y su palabra es pan que nos sacia, roca sobre la que construir. Éste es el dolor de tu cruz: has venido a caminar junto a nosotros y te dejamos solo. Que nuestros ojos y nuestro corazón se conmuevan haciendo memoria de tu presencia sacrificada, de tu caminar por el desierto.

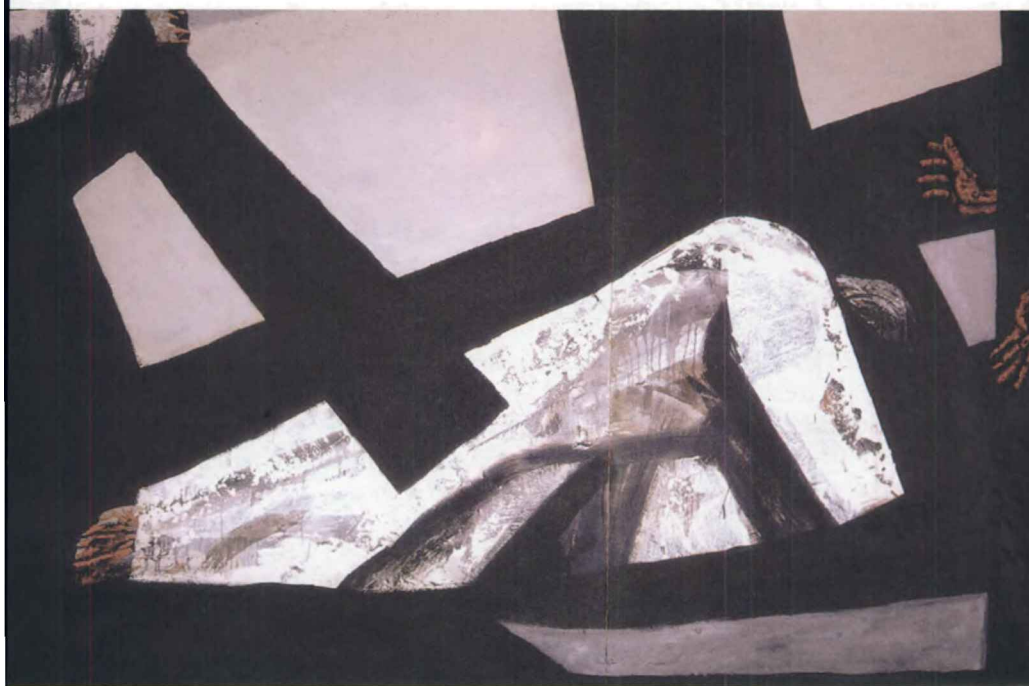
Él abrazó la cruz voluntariamente. ¿Quién de entre nosotros está dispuesto a aceptar un sacrificio semejante?



Tercera estación
Jesús cae por primera vez

El delito es que el hombre se traicione a sí mismo, que traicione a aquello de lo que está hecho, es decir, a sí mismo; el delito es traicionarse a sí mismo. El pecado. ¡Qué estrepitosa gravedad asume entonces esta palabra: pecado! Esta palabra sólo se entiende si se tiene en cuenta su origen, su raíz: el olvido de ti, Padre.

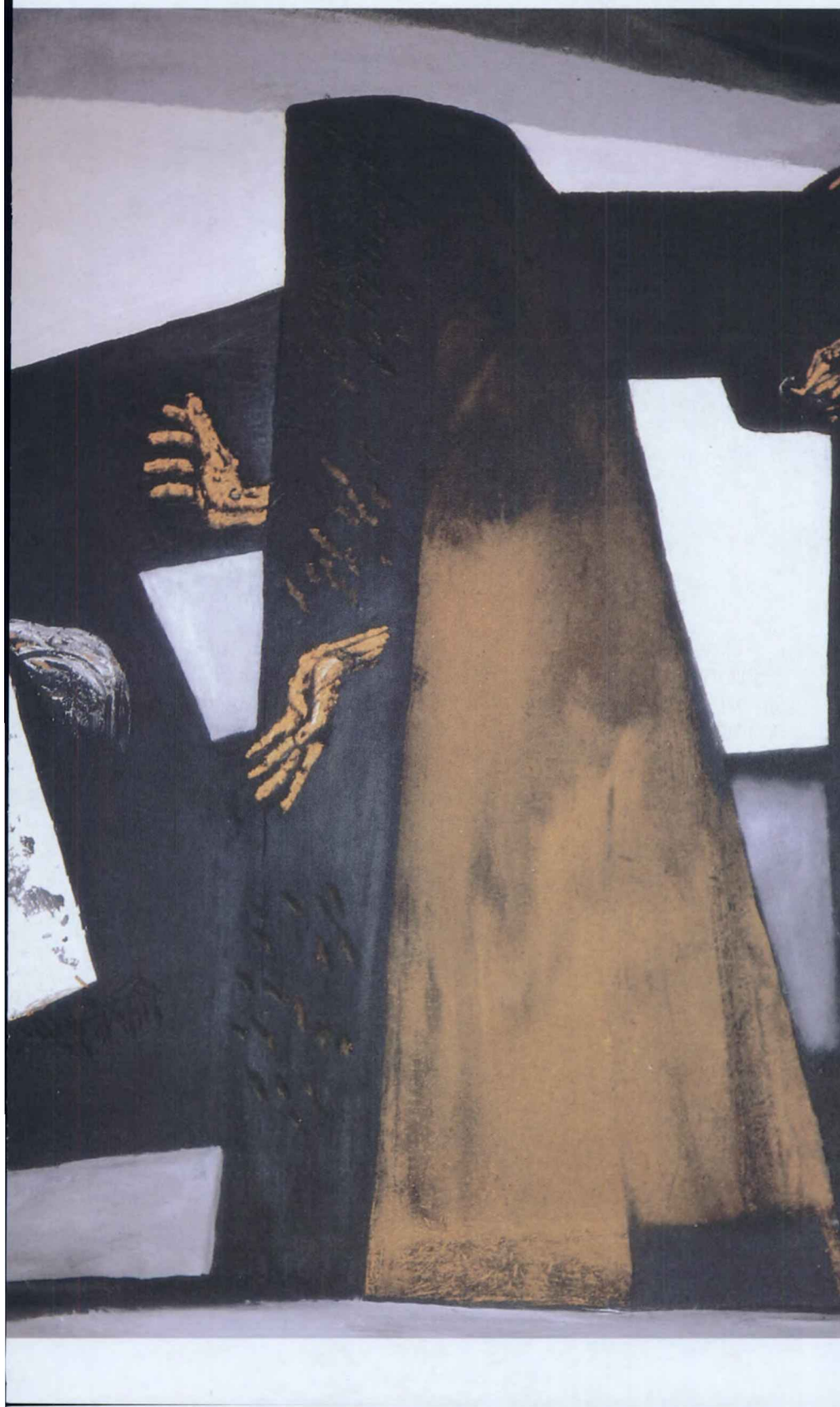
Confiarse a Él quiere decir seguirle, aceptar la ley del seguimiento. Puede parecer sacrificio pero es para la alegría. Nos conviene el camino en el que el sacrificio es condición para llegar a ser maduros, grandes. Nuestra conciencia se hará más profunda, se nos dará al Consolador. La salvación es don —no es fruto de nuestra búsqueda, de nuestro esfuerzo— y tiene un nombre: Cristo.



Cuarta estación
Jesús encuentra a su madre

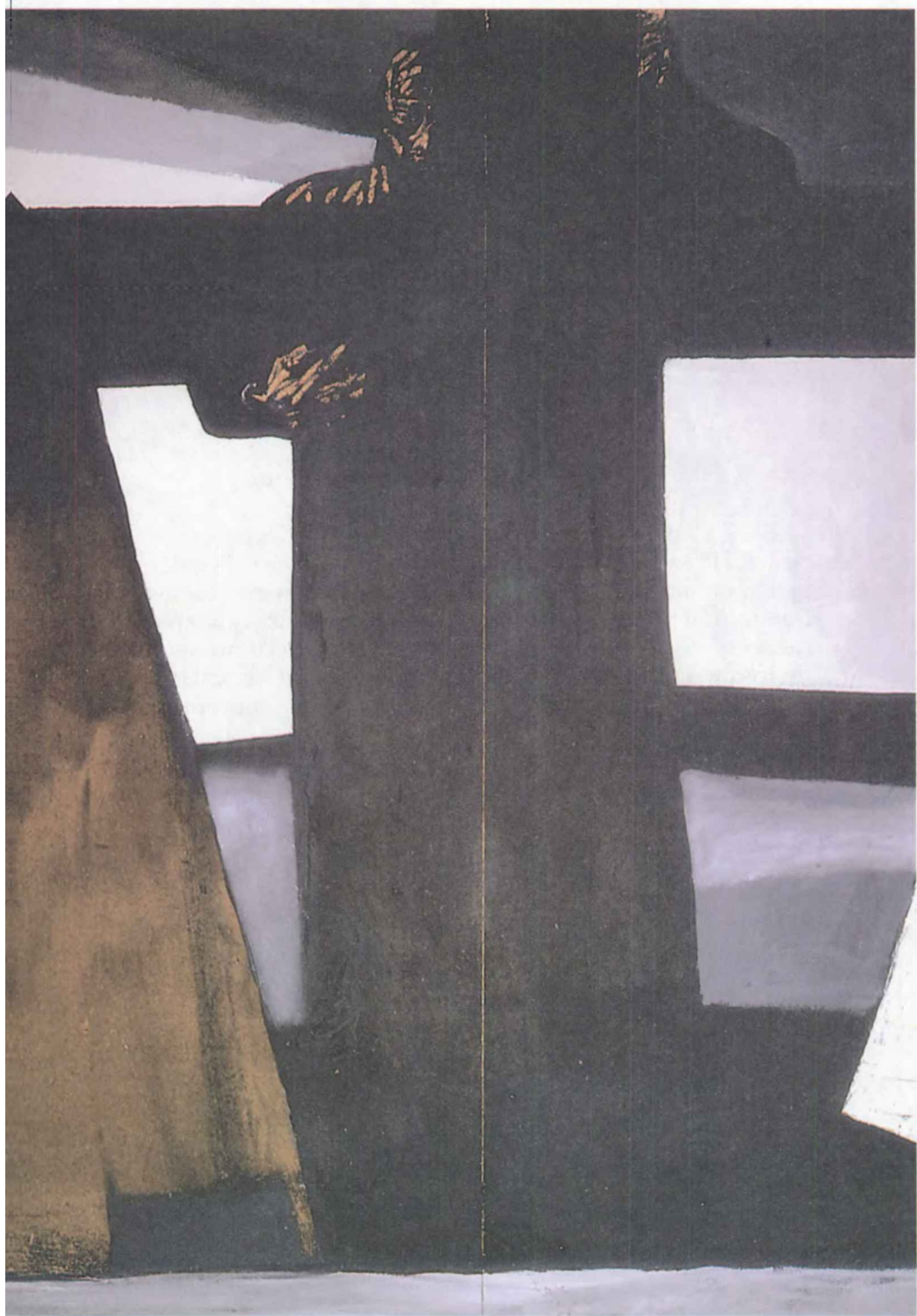
El primer significado de la mirada de la Madre al Hijo es su identificación con él. ¡Quién habría creído que el Creador, para que nosotros viviésemos la relación con todas las cosas, debía perderlas para después recuperarlas! Su Madre lo creyó enseguida.

Señora, haznos participar de la conciencia con la que tú mirabas a tu Hijo morir solo, solo, en la cruz. Mirabas a tu Hijo caminar con los hombres por quienes vino a morir, solo.



Quinta estación
Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

Hay un hecho imponente como una montaña, un hecho que es previo y que tu camino debe atravesar: Dios nos ha amado primero. Ninguno de nosotros puede arrancar este hecho de la trama de su existencia: has sido llamado. Dios nos ha escogido, somos propiedad particular de Dios, nuestra vida le pertenece.



Sexta estación
La Verónica limpia el rostro de Jesús

El sacrificio no tiene ni belleza ni atractivo alguno en su apariencia. El sacrificio es Cristo que padece y muere. Él es el significado de nuestra vida, por eso ha de influir en el presente, porque lo que no se ama en el presente no se ama, y lo que en el presente no se afirma no se afirma tampoco. «Tu nombre nació de lo que tu vista fijó» (Juan Pablo II). La ley de la existencia es el amor, porque el amor es afirmar a otro con la propia acción. Toda la vida está en función de algo más grande, está en función de Dios. Toda nuestra vida está en función de ti, Cristo.

«Busco tu rostro». «Busco tu rostro» está en la esencia del tiempo. «Busco tu rostro» está en la esencia del corazón. «Busco tu rostro» está en la naturaleza de la razón.



Séptima estación
Jesús cae por segunda vez

En cada impulso de sacrificio que, impuesto por la vocación, secundamos, si estamos atentos, nos descubriremos redentores, reconstructores de ciudades destruidas, redentores con Cristo. Entonces nuestra acción se dilata por completo, se abre con la presencia de Cristo, con el corazón de Cristo; nuestra vida personal rompe los horizontes y se abre al Infinito, un Infinito que, como la luz del sol, penetra hasta los tugurios y los lugares oscuros, renovándolo todo.

Tenemos que colaborar con aquello por lo que Cristo murió. «Vocación» quiere decir que se nos llama precisamente a esto: a que se haga inevitable para nosotros la participación en la acción por la que Cristo murió para redimir, para salvar a los hombres. Ya no podremos mirar a la cara a las personas que nos encontremos por la calle sin sentirnos acuciados por un deseo urgente de salvarlas. A uno mismo le salva esta urgencia.



Octava estación
Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

No se puede mirar a Cristo si no es desde la conciencia de ser pecador. Que somos pecadores no llega a ser un juicio si no brota de mirar el rostro de Aquel a quien hemos entristecido. En cambio, nuestros días están dominados por la distracción; por eso el corazón permanece árido y nuestro quehacer está lleno de pretensiones.



Novena estación
Jesús cae por tercera vez

•El Señor ha querido postrarle en el dolor•. Dios es positividad, Dios es el Ser; todo lo que no acaba en esta palabra -Ser- no existe, no es verdadero, no es real. Todo acaba en esta palabra, a través del sacrificio. En el sacrificio todo se hace verdadero, incluido tú mismo y tu propia vida.



Décima estación
Jesús es despojado de sus vestiduras

Tenemos que aceptar decir «no» a la inmediatez con la que las cosas se nos presentan y nos solicitan y adherirnos al camino misterioso de Dios que nos invita a seguir su palabra, a seguir su revelación, el modo con el que Él mismo ha venido a salvarnos, a liberarnos. Aceptó la cruz para liberarnos de la fascinación de la nada, para liberarnos de la fascinación de las apariencias, de lo efímero.

IN
RI





Undécima estación
Jesús, clavado en la cruz

Cristo en la cruz es el pecado condenado por el Padre. La cruz de Cristo es la explosión de la conciencia del mal. Entramos en relación con Cristo por la conciencia que tenemos de pecado. En la ausencia de la conciencia de pecado y en la conciencia falsa de pecado se actúa en nosotros la caída sin fin, pues el remordimiento, el escepticismo no son conciencia de pecado. Quien tiene conciencia del propio pecado tiene también conciencia de la liberación.

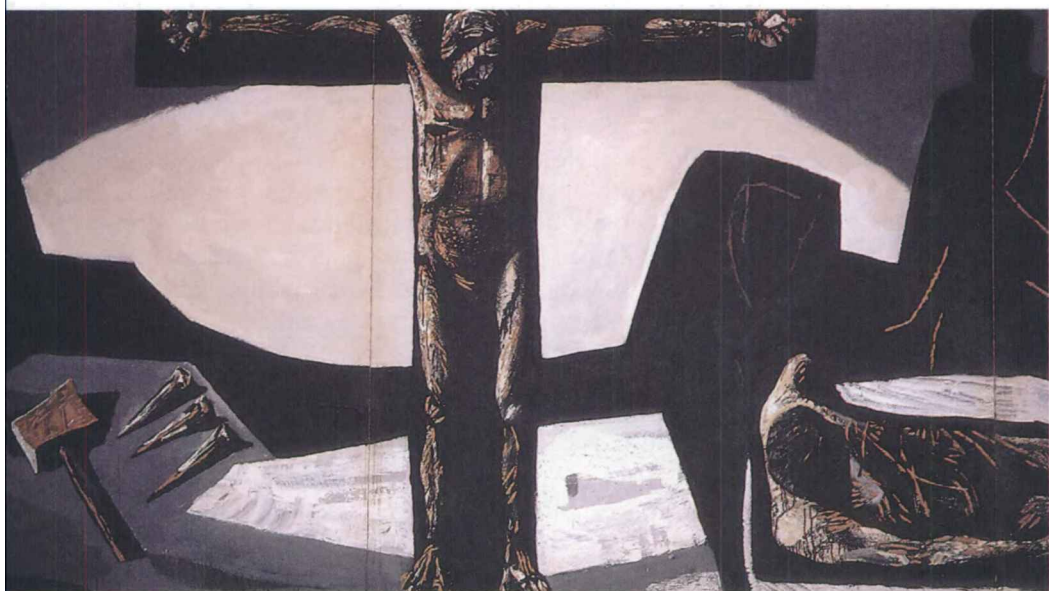


Duodécima estación
Jesús muere en la cruz

No podemos olvidar a qué precio hemos sido salvados, día a día. El sacrificio no es una objeción, ni la derrota humana es una objeción; son, más bien, la raíz de la resurrección, la posibilidad de una vida verdadera.

El acontecimiento que sucede aquí y ahora, si es —antes que ninguna otra cosa— un hecho, un hecho que no se puede reducir a nada, que no se puede censurar, que ya no se puede eliminar, si es sobre todo un hecho, es un hecho para ti, algo que debe interesarte por encima de todo. ¡Es un hecho para ti! ¡Para ti, para mí, para mí! «Para ti» es la voz que brota del corazón del Crucificado. «Para mí» es el eco que brota en mi corazón, en mi conciencia.

Todo se precipitaría en la muerte sin esta voz, sin esta presencia.



Decimotercera estación
Bajan a Jesús de la cruz y lo entregan a su madre

Todo el mundo juzga el dolor como un castigo. Se piensa que el hombre al que le asalta el dolor se ve obligado a la renuncia, al sacrificio, como si Dios le golpeará y humillara. Todos excepto María. ¡Qué trasparente fue para su corazón, crucificado con el de Cristo, que el castigo que nos da la salvación, que exalta la vida, había caído sobre Él, y por eso Dios lo exaltó y le dio el nombre sobre todo nombre!

Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum ut sibi complaceam. En esto radica la gran ley moral. De aquí brota la verdadera ley moral, de la que nace toda moral: complacer a aquel hombre crucificado, complacer al misterio de Dios que se ha hecho hombre y fue crucificado por mí, y que resucitó para que yo fuese liberado.



Decimocuarta estación
El cuerpo de Jesús es puesto en el sepulcro

El umbral de la verdad del sacrificio es la petición: «Dios mío, date prisa en socorrerme». Con esta petición comienza a moverse la piedra de la tumba de nuestras acciones vacías. La resurrección parte de este aspecto de impotencia infinita que es el mendigar, del reconocimiento supremo de que sólo Dios es poderoso y de nuestro agradecimiento profundo porque Él, que ha iniciado nuestra existencia, quiere llevarla a su cumplimiento. No existe nada que exprese mejor la capacidad de comunicación universal, católica, ecuménica, que un corazón regenerado por el «sí» a Cristo, por la esperanza en Él, por la que cada uno de nosotros vuelve a emprender cotidianamente la búsqueda, el deseo, la petición, el sacrificio de la pureza. Viviendo siempre una paz en la mortificación que se reaviva sin cesar.





Oración final

Contempla, Dios omnipotente, a la humanidad extenuada por su debilidad mortal y haz que recupere la vida por la pasión de tu único Hijo. Él es Dios y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.



VÍA CRUCIS¹

John Henry Newman

¹ Este *vía crucis*, por inexcusable rigor histórico, se inscribe dentro de la piedad habitual del catolicismo europeo del siglo pasado; de ahí ciertos acentos de dramatismo —ligeramente suavizados en la traducción— ante el temor de la condenación, por encima del Amor confiado a Cristo, al Padre y al Espíritu Santo. Cosa perfectamente normal entonces en un pequeño texto de devoción. Como es habitual, sin embargo, el Venerable John Henry Newman imprime a estas *Estaciones de la Cruz* un giro en que se revelan rasgos propios de su singular temperamento y de su piedad: así, su intensa conciencia del mundo invisible se refleja en la presencia de Ángeles, cuando rodean el cuerpo llagado del Redentor, y en otras ocasiones; o la grandiosa visión escatológica final; o el conmovedor papel de madre que juega la Virgen en este *vía crucis*, verdaderamente mariano.

Primera estación
Jesús es condenado a muerte

Salir de casa de Caifás, arrastrado ante Pilato y Herodes, ridiculizado, golpeado y escupido; su espalda rota por los azotes, su cabeza coronada de espinas... Jesús, que en el último día juzgará al mundo, es Él mismo condenado por jueces injustos al tormento y a una muerte abyecta.

Jesús es condenado a muerte. Su sentencia está firmada; y ¿quién la ha firmado más que yo, cada vez que caigo en el pecado? Caí, perdí la gracia que me habías dado en el bautismo. Mis pecados mortales fueron vuestra sentencia de muerte, oh Señor. El inocente sufrió por los culpables. Esos pecados míos fueron las voces que gritaron «¡crucifícale!». Ese afecto, ese gusto del corazón con que los cometí fueron el asentimiento que Pilato dio a la multitud vociferante. Y la dureza de corazón que vino luego, mi disgusto, mi inquietud, mi orgullosa impaciencia, mi terca insistencia en ofenderte, el amor al pecado que se apoderó de mí, ¿qué eran si no los golpes y blasfemias con que los soldados y la plebe te recibieron? ¿No ejecutaron estos sentimientos míos, rebeldes e impetuosos, la sentencia que Pilato había pronunciado?



Segunda estación
Jesús carga con la cruz

Sobre sus hombros rotos le ponen una Cruz pesada y maciza, que ha de soportar su peso cuando llegue al Calvario. Él la toma con dulzura, mansamente y con el corazón alegre, porque esa Cruz va a ser la salvación de la humanidad.

Eso es cierto; pero recuérdalo: esa Cruz agobiante es la carga de nuestros pecados. Al caer sobre sus hombros y su cuello, cayó como un trallazo. ¡Qué peso tan brutal he descargado sobre Ti, Jesús! Aunque estabas completamente preparado —porque todo lo ves en la tranquila visión de tu mente clara—, tu cuerpo frágil se tambalea cuando la Cruz cae sobre Ti. ¡Qué miserable he sido alzando mi mano contra Dios! ¿Cómo iba a pensar siquiera que me perdonaría, de no ser porque Él mismo anunció que esta amarga Pasión la sufría para poder perdonarnos? Yo reconozco, Jesús, —y siento angustia en mi corazón arrepentido— que mis pecados te han golpeado la cara, han llenado de moratones tus brazos adorables, han destrozado tu carne con hierros, te han clavado a la Cruz y te han dejado morir ahí lentamente.

Tercera estación
Jesús cae por primera vez

Jesús, doblado bajo el peso del madero alargado e irregular que lleva arrastrando, avanza lentamente entre las burlas e insultos de la multitud. La agonía en el huerto, suficiente para extenuarle, fue sólo el principio de otros muchos sufrimientos. Con todo su corazón, sigue adelante pero le fallan las fuerzas y cae.

Sí; es lo que temía. Jesús, mi Señor fuerte y poderoso, es por un momento más débil que nuestros pecados. Jesús cae, pero llevó el peso. Se tambalea, pero se levanta con la Cruz de nuevo y sigue adelante. Él ha caído para que tú, alma mía, tengas un anuncio y un recordatorio de tus pecados.

Me arrepentí de mis pecados y, durante un tiempo, fui adelante; pero al final la tentación me venció y me vine abajo. De repente, pareció que todos mis buenos hábitos desaparecían; como si me despojaran de un vestido, así de rápida y completamente perdí la gracia. En ese momento miré a mi Señor... Se había desplomado. Me cubrí la cara con las manos, en un estado de tremenda confusión.

Cuarta estación
Jesús encuentra a su madre

Jesús se pone en pie; se ha herido en la caída, pero sigue adelante con la Cruz sobre los hombros. Va encorvado, pero alza la cabeza un momento y ve a su Madre. Se miran sólo un instante, y Él avanza.

De ser posible, María hubiera preferido padecer ella todos los sufrimientos de su Hijo, antes que estar lejos y no haberlos presenciado. También para Él fue un alivio, una brisa fresca y consoladora, verla, ver su triste sonrisa entre las miradas y ruidos que le cercan. Ella le había visto en su plenitud humana y en su gloria, había contemplado su rostro, fresco de paz e inocencia divinas. Ahora le veía tan cambiado, tan deformado que lo reconoció con dificultad, sólo por esa mirada que le dirigió, profunda, intensa, llena de paz. Ahora que cargaba con el peso de los pecados del mundo, el rostro de Jesús, santidad absoluta, exhibía la imagen de todas las maldades. Parecía un criminal que esconde una culpa horrible. Él, que no conoció pecado, fue hecho pecador por nosotros. Ni uno sólo de sus rasgos, ninguno de sus miembros expresaba sino culpa, maldición, castigo, angustia.

¡Qué encuentro entre Madre e Hijo! Uno y otra se consolaron porque existía un mismo sentir. Jesús y María: ¿llegarán a olvidar, en toda la eternidad, aquella marea de dolor?



Quinta estación
Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

Las fuerzas terminan por fallarle del todo y ya no puede seguir. Los verdugos, perplejos, se quedan parados. ¿Qué hacer? ¿Cómo va a llegar al Calvario? Pronto se fijan en uno que parece fuerte y ágil, Simón de Cirene. Lo agarran y le obligan a llevar la Cruz con Jesús. Mirar al dolor en persona taladra el corazón de aquel hombre. ¡Qué honor! ¡Feliz tú, predilecto de Dios! Y con alegría carga con su parte de la Cruz.

Ha sido por la oración de María. Jesús oraba, pero no por Él; sólo que pudiera beber hasta el final el cáliz del dolor y cumplir la voluntad de su Padre. Pero ella actuó como una madre: fue tras Él con la oración, ya que no podía ayudarle de otra manera. Ella envió a aquel hombre a ayudarle. Ella hizo que los soldados vieran que podían acabar con Él. Madre amable, haz lo mismo con nosotros. Pide siempre por nosotros, Madre Santa; mientras estamos en el camino, ruega por nosotros, sea cual sea nuestra Cruz. Pide por nosotros, caídos, y nos levantaremos. Pide por nosotros cuando el dolor, la angustia o la enfermedad nos lleguen. Pide por nosotros cuando nos hunda el poder de la tentación y envíanos un fiel siervo tuyo a socorrernos. Y si merecemos reparar por nuestros pecados en la otra vida, mándanos un Ángel bueno que nos dé momentos de respiro. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

Sexta estación
La Verónica limpia el rostro de Jesús

Mientras Jesús asciende la colina lenta y pesadamente, bañado en el sudor de la muerte, una mujer se abre paso entre la muchedumbre y le seca el rostro con un lienzo. En pago por su compasión, el sagrado rostro queda impreso en la tela.

Aquella ayuda enviada por la ternura de una Madre no fue todo. Sus oraciones llevaron a Verónica, lo mismo que a Simón, hasta Jesús. A Simón para un trabajo de hombre; a Verónica, de mujer. Ella le sirvió mientras pudo con su afecto. Lo mismo que la Magdalena vertió el ungüento en el banquete, Verónica le ofreció su lienzo en la Pasión. «¿Que más no haría yo?» decía. «Ojalá tuviera la fuerza de Simón, para cargar yo también con la Cruz». Pero sólo los hombres pueden ayudarle a Él, Sumo Sacerdote, cuando ofrece el solemne sacrificio. Jesús, concédenos servirte según nuestra situación y, lo mismo que aceptaste ayuda en tu hora de dolor, danos el apoyo de tu gracia cuando el Enemigo nos ataque.

Siento que no puedo resistir la tentación, el cansancio, el desaliento y el pecado; entonces, ¿de qué sirve buscar a Dios? Caeré, Amado Salvador mío, es seguro que caeré, si Tú no renuevas mis fuerzas, como las águilas, y me llenas de vida por dentro con el amoroso toque de tus sacramentos.

Séptima estación
Jesús cae por segunda vez

A cada paso crecen el dolor de sus heridas y la pérdida de sangre. Los miembros le fallan otra vez y Jesús cae al suelo.

¿Qué ha hecho Él para merecer esto? ¿Es este el pago que el tan esperado Mesías recibe del pueblo elegido, los hijos de Israel? Sé la respuesta: Él cae porque yo he caído. He caído otra vez. Yo sé bien que sin Tu gracia, Señor, no puedo mantenerme en pie; creía estar cerca de Ti pero he perdido tu gracia una vez más. He dejado enfriar mi devoción, he cumplido tus mandamientos de manera rutinaria y formal, sin afecto interior; así he ido también a los sacramentos, a la Eucaristía. Me volví tibio. Creí que la batalla había terminado, y dejé de luchar. No tenía una fe viva, perdí el sentido de lo espiritual. Cumplía mis deberes por puro hábito y porque los demás lo vieran. Yo debía ser una criatura completamente renovada, vivir de fe, de esperanza, de amor; pero pensaba más en este mundo que en el que ha de venir. Terminé por olvidar que soy siervo de Dios, seguí el camino ancho que lleva a la destrucción y no el otro, estrecho, que lleva a la vida. Así me aparté de Ti.



Octava estación
Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Al ver los sufrimientos de Jesús, las santas mujeres sienten tal punzada de dolor que, sin importarles las consecuencias, gritan su pena y le compadecen a voces. Jesús se vuelve a ellas: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí sino por vosotras y por vuestros hijos».

Señor, ¿soy yo uno de esos hijos pecadores por los que Tú invitas a llorar? «No lloréis por Mí, que soy el Cordero de Dios y, por voluntad propia, estoy pagando por los pecados de los hombres. Sufro ahora, pero después triunfaré, y cuando triunfe, las almas por las que ahora muero serán mis amigos más queridos o enemigos inmerecidos». ¿Es posible? ¿Cómo soportar el pensamiento de que Tú, Señor, lloraste por mí, —¡Tú lloraste por mí!— como lloraste por Jerusalén? ¿Es posible que, por tu Pasión y Muerte, yo me pierda en vez de ser rescatado? Señor, no me dejes. ¡Soy tan poca cosa, hay tal miseria en mi corazón y tan poca fuerza en mi espíritu para hacerle frente! Señor ten piedad de mí. Es tan difícil apartar de mi corazón el espíritu del mal. Sólo Tú puedes echarlo lejos.

Novena estación *Jesús cae por tercera vez*

Ya casi había alcanzado lo alto del Calvario, pero antes de llegar al punto donde va a ser crucificado, Jesús cae otra vez; y de nuevo es arrastrado y empujado brutalmente por los soldados.

La Escritura habla de tres caídas del diablo. La primera fue al comienzo del mundo; la segunda, cuando el Evangelio y el Reino de los Cielos se anunciaban al mundo; la tercera ocurrirá cuando acaben todas las cosas. La primera la cuenta el evangelista San Juan: «Se produjo un gran combate en los cielos. Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón, y el dragón luchaba, y sus ángeles. Pero no lograron vencer y perdieron su lugar en los cielos. El gran dragón fue expulsado, la serpiente antigua, la que se llama diablo y Satanás». La segunda caída, en tiempos del Evangelio, la cuenta el Señor: «Veía a Satanás, como el rayo, caer desde el cielo». La tercera, también San Juan: «Cayó del cielo fuego divino y el diablo fue arrojado al estanque de fuego».

Cuando el Maligno movió a Judas a traicionar a nuestro Señor, pensaba en estas tres caídas, la pasada, la presente y la futura. Esta fue su hora. Nuestro Señor, al ser apresado, dijo a sus enemigos: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas». Satanás sabía que su tiempo era corto y se aprestó a emplearlo; pero sin advertir que sus actos apresuraban la salvación del mundo que nuestro Señor traía con su Pasión y Muerte. Como venganza, y —eso pensaba— seguro de su triunfo, le golpeó una, dos, tres veces, cada vez con más fuerza. El peso de la Cruz, la brutalidad de los sayones y la turba no fueron más que instrumentos. Jesús, Hijo único de Dios, Verbo Encarnado, Te alabamos, Te adoramos, Te ofrecemos nuestro amor porque te has abajado tanto, hasta someterte al poder del enemigo de Dios y del hombre, para salvarnos así a nosotros de ser eternamente siervos suyos.

Esta es la peor caída de las tres. Las fuerzas le fallan completamente y pasa un poco hasta que los soldados le levantan. No es más que un signo de lo que me pasará a mí, cada vez más tibio. Desde el principio Jesús ve el final. Pensaba en mí mientras se arrastraba subiendo la colina del Calvario. Veía que yo volvería a caer, a pesar de tantas advertencias y ayudas. Vio que pondría la confianza en mí mismo y que entonces el enemigo me sorprendería con tentaciones. Yo creía conocer mis defectos; sabía dónde era fuerte, pero Satanás fue hacia ese punto débil, mi autosuficiencia, e hizo estragos.

Me faltaba humildad. Creía que a mí el mal no podía tocarme, que había superado el peligro de pecar; pensaba que era fácil ir al cielo y no estaba vigilante. Todo por orgullo. Por eso caí de nuevo, por tercera vez.

Décima estación
Jesús es despojado de sus vestiduras

Por fin llega al lugar del sacrificio y se preparan para crucificarle. Desgarran sus vestiduras sobre su cuerpo sangrante, que queda expuesto —Él, Santo de los Santos— a la mirada y al burdo griterío de la multitud.

Tú, Señor, fuiste despojado de todo en tu Pasión y expuesto a la curiosidad y a la burla de la gente; haz que me desprenda de mí mismo, aquí y ahora, para que en el último día no me cubra de bochorno ante los ángeles y los hombres. Tú soportaste la vergüenza del Calvario para librarme a mí de la vergüenza del Juicio Final. Tú, que nada tenías de que avergonzarte, sufriste vergüenza por haber tomado la naturaleza humana. Cuando te quitaron los vestidos, tu cuerpo inocente fue humilde y amorosamente adorado por los ángeles más escogidos: te rodearon mudos de asombro, atónitos de tu belleza, temblando ante tu anonadamiento.

Señor, ¿qué sería de mí si me tomaras y, despojado del ropaje de tu gracia, me vieran tal como soy realmente? ¡Cuánta suciedad! Incluso limpio de pecado mortal, ¡cuánta miseria en mis pecados veniales! ¿Cómo voy a presentarme ante los ángeles y ante Ti si Tú no quemas tanta lepra con el fuego del Purgatorio?

Undécima estación
Jesús, clavado en la Cruz

Fijan a Jesús en la Cruz, tendida sobre el suelo. Con mucho esfuerzo y después de bandearse pesadamente a un lado y otro, la Cruz acaba por hincarse en el hueco abierto en la tierra. O quizá —como piensan otros— la Cruz es primero erguida y, luego, Jesús alzado y clavado al madero. Mientras los verdugos clavan salvajemente los enormes clavos, Él se ofrece al Padre Eterno en rescate por la humanidad. Caen los martillazos, la sangre salta.

Sí; pusieron en alto la Cruz, colocaron una escalera y habiéndole desnudado, le hicieron subir. Agarrando débilmente con las manos la escalera, los peldaños, subiendo con esfuerzo, lentos e inseguros los pies, y resbalando, si los soldados no estuvieran allí para sujetarle, habría caído al suelo. Al alcanzar la base para apoyar los pies, se giró con modestia y dulzura hacia la muchedumbre enfurecida, alargando las manos como si quisiera abrazarles. Después, con amor, puso sus manos en el travesaño esperando a que los verdugos, con clavos y martillos, perforaran sus manos y le clavarán a la Cruz. Ahí cuelga ahora, enigma para el mundo, temor de los demonios, asombro inexplicable, pero también alegría y adoración de los Ángeles.

Décimosegunda estación
Jesús muere en la Cruz

Jesús, tres horas colgado. En ese tiempo, reza por quienes le matan, promete el Paraíso al ladrón arrepentido y entrega su Madre Bendita al cuidado de San Juan. Con todo ya cumplido, inclina la cabeza y entrega el espíritu.

Ya ha pasado lo peor. El Santo, muerto, se ha ido. El más compasivo de los hijos de los hombres, el que ha derrochado más amor, el más santo, ya no está. Jesús ha muerto y en su muerte ha muerto mi pecado. De una vez por todas, ante los hombres y ante los ángeles, rechazo el pecado para siempre. En este momento me entrego a Dios del todo. Amar a Dios será mi primordial empeño. Con la ayuda de su gracia crearé en mi corazón aborrecimiento y dolor profundo por mis pecados. Me empeñaré en detestar el pecado, tanto como antes lo amé. En las manos de Dios me pongo, y no a medias sino del todo, sin reservas. Te prometo, Señor, con la ayuda de tu gracia, huir de las tentaciones, evitar toda ocasión de pecado, escapar enseguida de la voz del Maligno, ser constante en la oración: morir al pecado, para que Tú no hayas muerto en la Cruz por mí, en vano.



Décimotercera estación
Bajan a Jesús de la cruz y lo entregan a su madre

La gente se ha ido a casa. El Calvario queda solitario y en silencio; sólo Juan y las santas mujeres están allí. Llegan José de Arimatea y Nicodemo, bajan de la Cruz el cuerpo de Jesús, y lo ponen en brazos de María.

Por fin, María, tomas posesión de tu hijo. Ahora que sus enemigos ya no pueden hacer más, te lo dejan, como un despojo. Mientras esos amigos inesperados hacen su difícil tarea, tú le miras con pensamientos que jamás encontrarán palabras. Tu corazón lo atraviesa aquella espada de que habló Simeón. Madre dolorosa, en tu dolor hay una alegría aún más grande. La alegría que iba a venir te dio fuerzas para permanecer junto a Él colgado de la Cruz. Con más fuerza ahora, sin desvanecerte, sin temblar, recibes su cuerpo en tus brazos, en tu regazo maternal.

Eres inmensamente feliz ahora que ha vuelto a ti. De tu casa salió, oh Madre de Dios, con toda la fuerza y la belleza de su Humanidad; a ti vuelve descalabrado, hecho pedazos, mutilado, muerto. Y, a pesar de todo, Madre Bendita, más feliz eres en este momento atroz que aquel día de las bodas, cuando estaba a punto de irse; pero a partir de ahora, el Salvador Resucitado nunca más se separará de ti.



Décimocuarta estación
El cuerpo de Jesús es puesto en el sepulcro

Sólo tres cortos días, un día y medio... María tiene que dejarte. Todavía no ha resucitado. Los amigos lo toman de sus brazos y lo ponen en una sepultura digna. Y la cierran con cuidado, hasta que llegue el momento de su Resurrección.

Reposa, duerme en paz un poco, en la quietud del sepulcro, amado Señor nuestro, y después levántate y reina sobre tus hijos para siempre. Como las fieles mujeres, también nosotros te velaremos, porque todo nuestro tesoro, nuestra vida entera, está puesta en Ti. Y cuando nos llegue la hora de morir, concédenos, dulce Jesús, dormir en paz nosotros también el sueño de los santos. Que durmamos en paz ese breve intervalo entre nuestra muerte y la resurrección de todos los hombres. Guárdanos del enemigo, sálvanos del castigo eterno. Que nuestros amigos nos recuerden y recen por nosotros, Señor. Que por el sacrificio de la Misa las penas del Purgatorio —que hemos merecido y que sinceramente aceptamos— pasen pronto. Concédenos momentos de alivio allí, envuélvenos en santas esperanzas y acompáñanos mientras reunimos fuerzas para subir a los Cielos. Permite a nuestros Ángeles Custodios que nos ayuden a remontar aquella escala de gloria que vio Jacob y que lleva de la tierra al cielo.

Y al llegar, que las puertas de lo Eterno se abran ante nosotros con música de Ángeles, que nos reciba san Pedro y que nuestra Señora, la gloriosa Reina de los santos, nos abrace y nos lleve a Ti y a tu Padre Eterno y a tu Espíritu, tres Personas, Un solo Dios, para participar en su Reino por los siglos de los siglos.



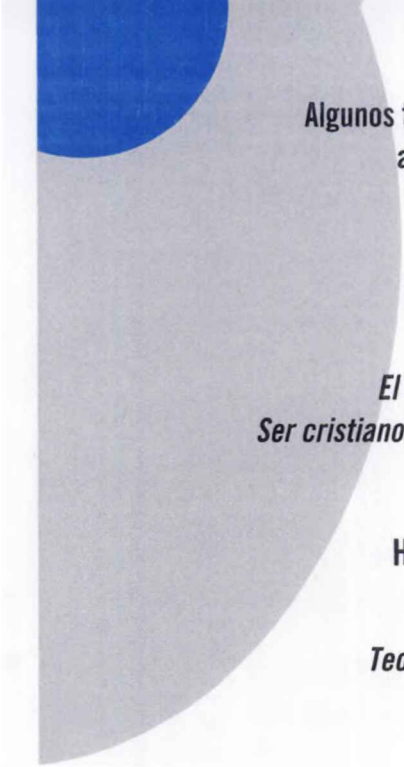
1000
1000
1000
1000



Oración

Oh Dios, que por la Sangre Preciosa de tu Unigénito, santificaste el signo de la Cruz, concédenos —te pedimos— que cuantos nos alegramos en la gloria de esa Cruz Santa podamos siempre y en todo lugar alegrarnos de tu Protección. Por el mismo Cristo, nuestro Señor.

Fotocomposición
Encuentro-Madrid
Impresión y encuadernación
Cofás-Madrid
ISBN: 84-7490-793-4
Depósito Legal: M-12059-2006
Printed in Spain



Algunos títulos de los mismos
autores en **Encuentro**

Joseph Ratzinger

Mi vida

El sábado de la historia

Ser cristiano en la era neopagana

H. U. von Balthasar

María hoy

Teología de los tres días

Verbum caro

Luigi Giussani

Afecto y morada

Educación es un riesgo

El sentido de Dios y el hombre moderno

J. H. Newman

Apología pro Vita Sua

La fe y la razón. Sermones universitarios

Suyo con afecto. Autobiografía epistolar

**La Cuaresma es el tiempo en que la Palabra
debe nacer de nuestra mirada personal a Jesucristo,
el tiempo en que la Palabra de Dios, nacida
en Navidad, camina en el mundo. Y el vía crucis,
el camino de la Cruz, es el punto culminante
de la Cuaresma, el final de ese camino que conduce
a la Pascua, porque la condición de la resurrección
es la muerte. Un camino que nosotros también
hemos de atravesar. Por eso, con este libro
proponemos recorrerlo, por medio de textos
e imágenes, contemplando a Aquél que
nos puede conducir hasta el final, Aquél a cuya
semejanza estamos hechos: Jesucristo,
Dios hecho hombre que culmina el camino.**

ISBN: 84-7490-793-4



9 788474 907933

www.ediciones-encuentro.es

